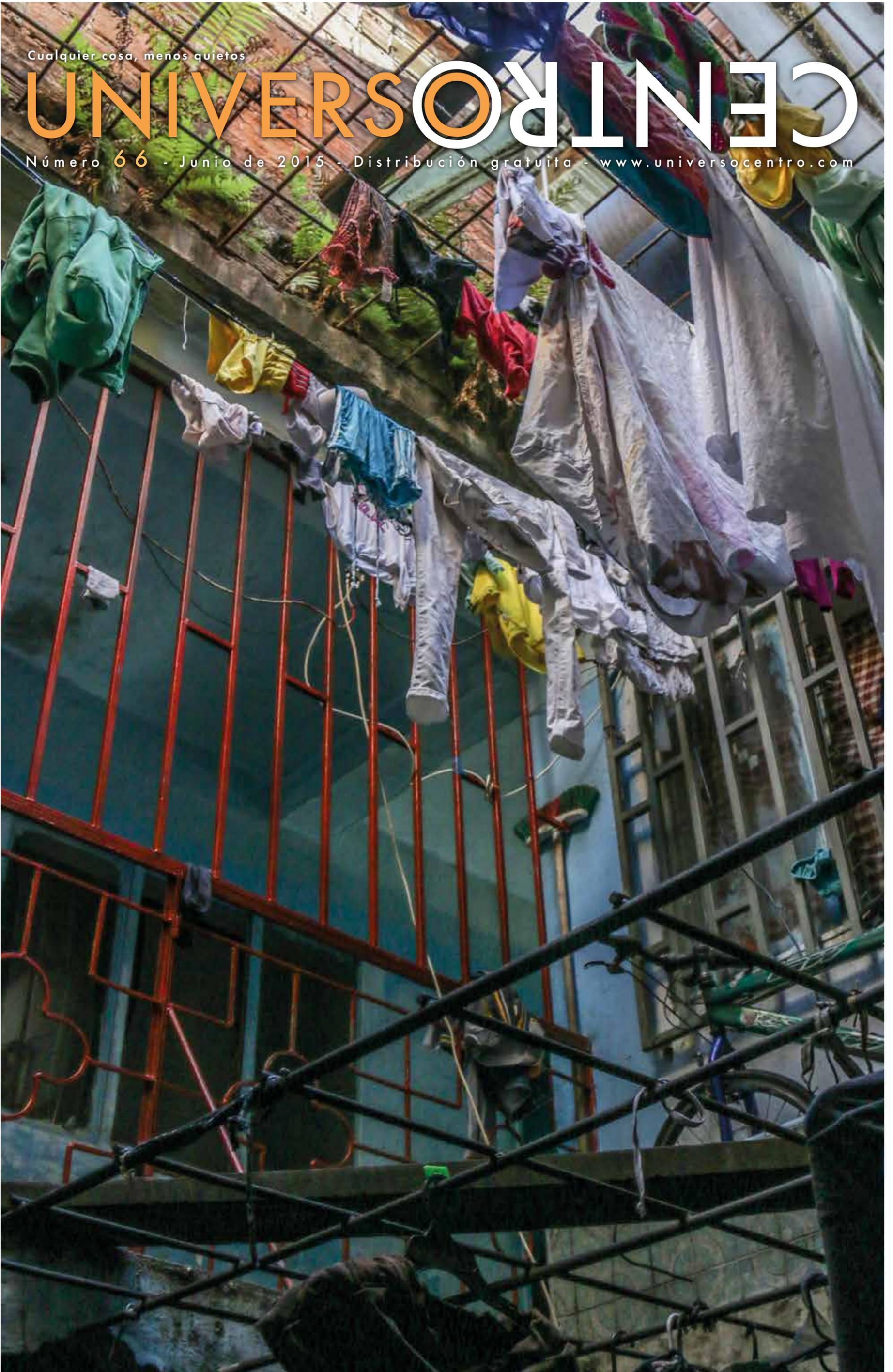


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 66 - Junio de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Lovaina,
merengues y
preservativos

8

La isla negra



10

Confesión de un
lector infame

12

Sagas nórdicas



16

La muchacha
del circo

20

Tres gallinas
para el almuerzo

23

Punk medallo



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaria Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTES

– Sandra Barrientos

– Catalina Ortíz

– Carolina Martínez

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 66 - Junio 2015
20.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

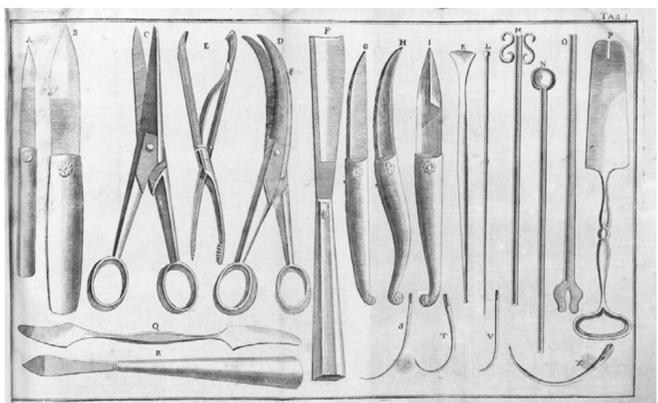
WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

la mujer de la clase

por GILMA MONTOYA GÓMEZ*

Fotografías: Archivo familiar

Escribir con bisturí



La más reciente condena de la justicia colombiana por injuria, única según recuerdan los memoriosos de los juzgados, se hizo pública en julio del año pasado. Salió de un comentario suelto. En el foro digital de *El País* de Cali se agitó un pleito con más señas privadas que públicas. Gonzalo Hernán López, un lector con llagas y agallas, escribió un comentario contra Gloria Lucía Escalante, gerente de la Federación Nacional de Departamentos, con la que había compartido noticias en balances pasados. La trataba apenas de “rata” y de “ladrona” pero con matices. La Corte Suprema avaló la condena a dieciséis meses de cárcel y nueve millones de multa que emitieron los jueces de primera y segunda instancia. En el lenguaje clásico respaldaron el castigo legítimo contra el daño a la honra, incrementado por la “torre de babel de las redes”; el encomillado es nuestro.

Cada cuatro meses surge un pleito más entre ofendidos de palabra y honra. Y comienza el inútil duelo de los juzgados, paja para la prensa, aire para los lectores y un reflector para los políticos. Siempre es más un sainete de baranda que otra cosa. Pero puede aparecer la muestra de lo peligrosos y desproporcionados que son esos dos artículos del código penal.

Hace unos días Juan Esteban Mejía asistió a una audiencia de imputación por el delito de injuria. El denunciante no es ni un político ni un abogado ni un periodista, porque la máscara del timador es variada y creciente. Carlos Alberto Ramos Corena es el nombre del médico que denunció a Juan Esteban Mejía. Uno de esos médicos que comienzan de cosmetólogos y terminan de carniceros. Mejía escribió para la revista *Semana* un artículo publicado en 2011 donde se reseñaban los juicios por casos médicos que Ramos Corena afronta en Estados Unidos. Uno incluye a una mujer colombiana que murió luego de pasar por la cirugía del médico en general. Luego del artículo llamaron las pacientes colombianas a decir que habían salido peor de lo que entraron.

El doctor, ofendido, con la cara arrugada, demandó por un agregado de los editores de *Semana* que afirmaba que no era médico titulado. La revista guardó prudente silencio y el periodista, ahora expleado de la revista, debió cargar con la culpa por su firma.

Medellín se ha convertido en un quirófano por habilidades y afinidades. Siempre vale la pena que los médicos que ejercen en el límite sutil entre maquillaje y cirugía sufran un escrutinio estricto de la prensa y los jueces, como el que deben afrontar políticos y funcionarios públicos.

El artículo es una alerta para miles de personas enganchadas por el prestigio de la ciudad como un destino firme para el quirófano milagroso. Y el periodista hizo su trabajo con juicio y rigor. En este caso la amenaza viene de un médico con prácticas dudosas y muchos pacientes con reclamos. Y parece secundada por los fiscales, a los que les faltaron preguntas y contexto. Pero el peor aviso fue el de la revista, que en un primer momento rehuyó toda responsabilidad. Le importaban más las páginas de la acusación que las propias. A última hora, luego del ruido que les corresponde a los medios, *Semana* se comprometió a asumir su culpa y a rectificar lo que corresponde. Ojalá reiteren los riesgos que implica un médico regado en Facebook con credenciales mentirosas.

El código penal, los fiscales y las reglas corporativas de los medios pueden terminar amparados bajo un mismo código. En ese caso los únicos que pierden son los periodistas que hacen su trabajo y los pacientes débiles frente al espejo. En UC promovemos la libertad de los reporteros, la maledicencia de los redactores y la responsabilidad del ‘antro de redacción’. Respondemos en especie. ☪



De niña, Milvia Yurany acostumbra a gastar sus tardes de tedio en juegos e imaginaciones con una amiga. Representaban lo que veían a su alrededor, en su caso al papá y a la mamá. Entre risas se daban unos tremendos besos, de esos largos y encoñados que a Milvia le quedaron gustando.

Ya grandecita, Milvia Yurany cambió las blusas con escote, por camisetas talla XL y cachuchas al revés, pañolotas, manillas de taches, correas gigantes, actitudes bruscas y vocabulario de macho decidido y bravo.

En su paso por el bachillerato tuvo que granjearse el respeto que precisa un hombre oculto tras las curvas de una mujer. A veces con desdén, por saboteo o cariño, le gritaban: “Milvio, pecueca, you you”.

Cuando se sentía agredida alistaba su puño derecho y lo descargaba en el rostro aterrado de sus compañeros de clase. Para deshacerse de su rabia agarraba a patadas las canecas de basura o le lanzaba palabras sucias a sus detractores. Decía que una mujer que ama a otras mujeres tenía que posicionarse y exigir respeto, y así lo hacía cuando a ritmo de rap se le escuchaba: “Ja, qué pasa / La gente me rechaza / creen que porque me gustan las niñas soy una asesina / si eso no se ve / sino en las cabinas de arriba / y me gusta la vida, me gusta pasarla bien / de noche y de día”.

A una de sus enamoradas la encontró sentada en el salón de octavo-cuarto. Tuvo que enseñarle a ese rostro infantil, con ojos de gata, que el amor puede vestirse del mismo género y la ayudó a enfrentarse a una mamá que no entendía cómo, habiendo tantos hombres, tenía que poner sus ojos en una hembra enrazada en macho. “Mita, ¿es malo querer a otra mujer?”, “no, miya, uno toma sus propias decisiones”.

El papá de Milvia Yurany se largó de la casa cuando se enfrentó a la responsabilidad de criar hijos y levantar hogar. Cuando su mamá se volvió a casar, la niña fue a parar a la casa de la abuela Amelia. Su fotografía ocupa un lugar privilegiado de la sala, junto a miembros de la familia que se los ha tragado la violencia de la comuna nororiental. Su abuela aprendió a entender la libre elección

sexual, después de quince años de trabajo en el movimiento feminista Ruta Pacífica de las Mujeres. Durante su estudio perdió muchos años escolares. Su abuela con una pasmosa resignación le decía: “No importa miya, las escaleras no siempre se suben de a una”.

Alguna vez el profesor de matemáticas le dijo: “Yo me aguanto a un hombre acorralando una mujer, pero una vieja encima de otra vieja, eso no lo soporto”; lo decía con frecuencia, cuando la encontraba en los corredores aplastando con su cuerpo fornido a la chica de turno.

No hubo poder humano que la hiciera usar el uniforme de gala de las niñas del colegio. Por esto, ‘Milvio’ mantuvo una disputa con la coordinadora y solo se logró que asistiera a clases con el uniforme de educación física: camiseta y sudadera ancha y larga.

Los estudiantes solían decir que era injusto, que mientras ellos para conquistarse a una compañera tenían que invertir meses en regalitos e invitaciones, ella en dos o tres días, “con sus cancioncitas de rap”, lograba llevárselas para la cama. “Qué putería profes, que esta vieja se nos robe las peladas más chimbizas de la zona”.

Alguna vez se le asó al profesor de química porque el hombre dijo que todos iban a ganar el año menos ella. Milvia Yurany se le enfrentó de hombre a hombre y le dijo delante de todo el grupo que no se pusiera en esas porque le iba a sobrar bala.

Todo acto cívico que se respetara tenía que tener un punto donde Milvia se lucía con una canción y aprovechaba para declararse a alguna de las peladas del colegio. Hasta que la coordinadora del plantel tomó la decisión de eliminar de la programación el punto donde ella cantaba y argumentó que no quería volver a ver a un marimacho en la tarima. Eso le dolió tanto a Milvia Yurany que en la siguiente clase de religión escribió: “Si volviera a vivir sería más mujer”.

Milvio seguía cantando, pateando, hipeputiando y sus cantos eran notas de resistencia. Tenía que hacerse escuchar y sus gritos reclamaban lo que la vida tantas veces le negó. Le cantaba a la muerte, a la injusticia, a esas mujeres que quiso tener pero debió dejar pasar, pues no era raro escucharles a las pretendidas: “Ni sueñe que me voy a dejar echar el cuento de una lesbiana, piroba y machorra”.

Sobresalió como arquera del equipo de fútbol de los hombres. Y muchas veces hizo canjes con el profé de matemáticas: en vez de ejercicios le recibía los versos de una nueva canción, le calificaba las letras en lugar de los números. Además, acostumbraba evadir clases con el pretexto de ensayar para un acto

“Entre llantos, versos y escritos
busco salir de este infierno
el hip hop es la nueva vida
que me prepara un mundo eterno”.

cívico y componer. Como todo un personaje, a su público le generaba odios y amores, pero como fuera, cada 20 de febrero, día de su cumpleaños, su casa estaba llena de amigos.

Para la fiesta de la antioqueñidad cada grupo escogía su reina, el grado décimo-dos, al que perteneció Milvia Yurany, era privilegiado, contaba con reina y rey: Milvio se paseaba majestuoso luciendo el cetro que representaba un espacio ganado.

Un día cualquiera, Milvia Yurany propuso a sus amigas hacer un parche para la tarde. Como nunca había plata para irse “pal tesoro o pa Unicentro”, les propuso hacer un arroz con leche: Ciro puso la casa, Yesenia el queso, Kate la panela y el arroz, y Milvia la mano de obra. Se recostaron en la ventana y en la calle se escucharon los primeros tiros del día. Todas se tendieron en el piso menos ella. Kate le preguntó: “¿No te da miedo?”. Y ella le dijo: “¿Miedo por qué? Si aquí no pasa nada”, e inmediatamente se acostó en el suelo. “¿No dizque no le daba miedo?”. “Pirobas tan bobas, si yo no me quiero morir todavía”.

El 24 de noviembre de 2009, Milvia se fue a reclamar una plata cerca del control de buses del Popular 1. La acompañaban Yesenia y Katherine, mientras su abuela la esperaba para que junto con mujeres de la Ruta Pacífica de todo el país, fueran a recibir en Bogotá a otras que venían del exterior.

Se vinieron caminando por el trayecto que ya le habían cantado que no podía transitar. Milvia, entre las dos mujeres que para esa fecha invadían su cotidianidad, recibió un tiro en la cabeza.

Convertida en mito urbano la gente comenzó a rumorar sobre el origen de su muerte. Que era prima del jefe de un combo, que era cuñada de un integrante de una banda, que se había convertido en *carrito* de uno de los grupos, que cruzó una frontera invisible, en fin, lo cierto es que en palabras de su abuela, “fue víctima de una guerra que por décadas ha teñido de sangre el barrio, y que es algo más que una guerra de galladas de esquina, sus autores simplemente han cambiado de ropaje”. ☪

*Esta crónica fue escrita en desarrollo de un proyecto de la Corporación Universo Mujer en contra del feminicidio.



Lovaina, merengues y preservativos



Uno de los recuerdos más antiguos que tengo proviene de cuando tenía tres o cuatro años. Estaba acostado en una cama y mi mamá y mi abuela me ponían algún remedio en la uña del dedo pequeño del pie derecho. Mi abuela me había pisado con su tacón y me había roto la uña por la mitad. También tengo otro recuerdo de esos días, que no sé si ocurrió antes o después del de la uña. Yo estaba sentado en un triciclo al borde de unas escaleras, y mi abuela me decía que no me fuera a lanzar. Y creo que me lancé. Pero no lo recuerdo con claridad. Y mi abuela tampoco.

Pero hay algo que sí tengo claro de mis dos recuerdos más antiguos: ambos ocurrieron en una casa de la calle Barranquilla, en Medellín. Y esa casa tenía un pasillo largo, donde yo jugaba con mi primo Andrés a estrellarnos en moto, y las motos no eran otra cosa que los cojines de los muebles de mi abuela. En ocasiones los cojines se abrían por los golpes y la espuma se regaba por el piso, como las tripas de una fruta que cae de un árbol. Y en esas ocasiones, mi abuelo Próspero siempre nos decía:

—Dejen de joder. Más bien tengan esta plata y vayan a comerse una puta de doscientos pesos a Lovaina.

A mis tres, cuatro o cinco años de edad, esa frase me daba mucha felicidad, porque con esos doscientos íbamos a la tienda de la esquina y nos comprábamos una Sprite helada con papitas de limón, o un *Bon Bon Bum* que me comía untándolo con *Quipitos*. A esa edad, yo no sabía qué era una puta. Pero sí sabía qué era Lovaina: un lugar prohibido, al que yo nunca debía ir, que quedaba al pasar la calle Barranquilla y que olía a jabón. Desde el balcón de la casa de mi abuela podía

oler y ver el jabón y el agua que los lavadores de carros echaban todo el día. Y los miraba con envidia, porque para mí ser lavador de carros era el mejor trabajo que alguien podía tener. ¿O quién no habría querido jugar con agua todo el día en su niñez?

En una ocasión, con los doscientos pesos que mi abuelo me dio compré un paquete de merengues. Me gustaban tanto que miré los ingredientes para intentar hacerlos yo mismo y hubo un ingrediente que no conocía: preservativos. Le pregunté a mi abuelo qué eran los preservativos y me llevó a su cuarto, abrió el cajón de las medias y sacó una tira de condones de colores.

—Mire mijo, cuando usted vaya a comerse una puta de Lovaina, tiene que ponerse esto en el pipicito para que no le den enfermedades de esas que llaman de transmisión sexual.

Desde entonces, donde sea que esté, cuando veo un merengue, me acuerdo de mi abuelo, de Lovaina y fantaseo con que ese merengue lo prepararon batiendo unas claras de huevo con azúcar y unos cuantos condones.

Así, todos los caminos llevaban a Lovaina, un lugar que yo no entendía dónde quedaba. A veces hablaban de Lovaina como una calle, y otras, como un barrio.

—Próspero, ¿dónde queda Lovaina? —le preguntaba yo a mi abuelo, al que siempre llamé por su nombre.

—Es esa que está allá —me dijo una vez que estábamos en la esquina de la calle Barranquilla con la carrera Balboa, es decir, calle 67 con carrera 50A.

La calle que me señaló no era Lovaina, sino la carrera 50A más adelante, donde se convierte en una calle lúgubre, gris, porque en ella se alza el muro oriental del Cementerio de San Pedro. Y siempre que subía por la calle Barranquilla para visitar a mi abuela, miraba

al fondo de las calles para ver, con morbo y curiosidad, a Lovaina, aunque no fuera la Lovaina de verdad.

Y sí que sentía morbo y curiosidad, porque fue allí, en esa esquina de la calle Barranquilla, donde me sentí atraído por primera vez por una mujer. Fue a los cinco o seis años de edad, y no fue por una mujer en el sentido más estricto de la palabra, sino por las decenas de travestis que desfilaban por toda la calle semidesnudos, mostrándoles una que otra teta a los hombres que pasaban a toda velocidad conduciendo por allí.

Pero sería a los ocho o nueve años cuando mi mamá me explicó qué era un travesti. Pasamos en el carro por allí, me quedé mirando a los travestis, en especial a uno que se vestía como la Mujer Maravilla. Mi mamá me dijo que eran hombres que le gustaba vestirse de mujeres, y que se amarraban el pipí con un caucho para que no se les viera. Así ha sido toda la vida mi mamá, sin ningún filtro para decir las cosas. Recuerdo que me quedé pensando en esa imagen por días. Incluso miraba mi propio pipí y pensaba cómo lograban amarrárselo con un caucho.

La primera vez que fui a Lovaina debió ser a finales de enero o principios de febrero de 1991. Lo sé bien porque por esos días todo Medellín visitaba el Cementerio de San Pedro para conocer, quizá, la tumba más excéntrica que haya tenido la ciudad: la de los hermanos Armando Alberto y David Ricardo Prisco Lopera, de los sicarios más sanguinarios al servicio de Pablo Escobar, que fueron dados de baja en un operativo con cerca de cien policías el 22 de enero de ese año. La tumba tenía una particularidad: contaba con un equipo de sonido que, cuando lo visité, tocaba música de Los Panchos.



por SIMÓN POSADA TAMAYO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

—Camine mijo, vamos a ver el mausoleo de los Priscos —me dijo mi abuelo. En el camino me habló de cada una de las calles por las que pasábamos. Atravesé Barranquilla por primera vez, luego Lima, Italia, Venecia y, por fin, Lovaina, que corresponde a la calle 71. Más allá la 72, de la que ninguno de mis tíos ha sabido nunca el nombre, y después Turín y Revienta.

La calle Lovaina era atravesada por las carreras Bolívar, Neiva, Popayán, Santa Marta, Balboa, Palacé y Venezuela, y todo este amasijo de países nació como extensión del barrio Pérez Triana. Y yo, que en ese entonces ya tenía siete años y más o menos sabía dónde quedaban algunas ciudades del mundo, no entendía cómo en tan pocas calles se podía pasar de la blanca Popayán a la calurosa Santa Marta, y de la nublada Lima al país que un año antes, en 1990, había celebrado el primer mundial de fútbol del que tuve plena consciencia.

Lovaina era para mí, entonces, un lugar perdido, esquizoide, un lugar que era, a la vez, calle y carrera, calle y barrio, olor a jabón e indigentes, drogadictos y ladrones, putas y cementerio. ¿Por qué las prostitutas se fueron a vivir y trabajar al lado del cementerio más tradicional de Medellín? Quizás porque los vivos nunca han querido vivir al lado de los muertos, y las mujeres que ejercían la prostitución en esa época estaban muertas en vida: habían quedado embarazadas, habían perdido la virginidad antes del matrimonio y, por eso, no podían casarse y hacer familia. Y eso, en esa época, era toda la vida a la que yo tenía derecho una mujer.

De hecho, las leyes urbanísticas de principios de siglo en Medellín no permitían que los prostíbulos estuvieran a menos de 160 metros de distancia de escuelas, hospitales e iglesia. Más o menos a partir de 1925 —existe registro de cuatro burdeles en Lovaina en 1927—, muchas de las mujeres embarazadas y que perdieron la virginidad antes del

matrimonio de todos los pueblos de Antioquia y otras ciudades del país —Cali, en especial—, llegaron a Lovaina. Y viudas con hijos, como María Duque Villegas, que viajó con sus dos hijas desde Yarumal, Antioquia, a la casa de Lola, 'La Polla', uno de los burdeles más famosos en los años cuarenta. Fue allí donde le quitó la virginidad al pintor Fernando Botero y él, en homenaje, pintó la obra *La casa de María Duque*, que tenía un apodo memorable, el 'Alma meter', porque hay varios universitarios de la época que han dado fe de que perdieron la virginidad gratis con ella. Y hasta expresidentes.

El periodista Reinaldo Spitaletta, en su crónica *La nostalgia de Lovaina*, relata que el expresidente Belisario Betancur visitaba la casa de Esperanza Restrepo y participó en algunas peleas a puño limpio; que el escritor Manuel Mejía Vallejo quedó en calzoncillos apostando su ropa jugando a la botella; que el periodista Enrique Santos Montejo, conocido como 'Calibán', visitó la casa de Ligia Sierra y le dedicó una de sus columnas de prensa, y que Marta Pintuco, quizá la puta más famosa de Medellín, prestó su casa para crear las bases del Frente Nacional en una reunión política. Por cuenta de ese desfile de intelectuales, se dice que la calle recibió su apodo por la Universidad de Lovaina, una de las más antiguas del mundo.



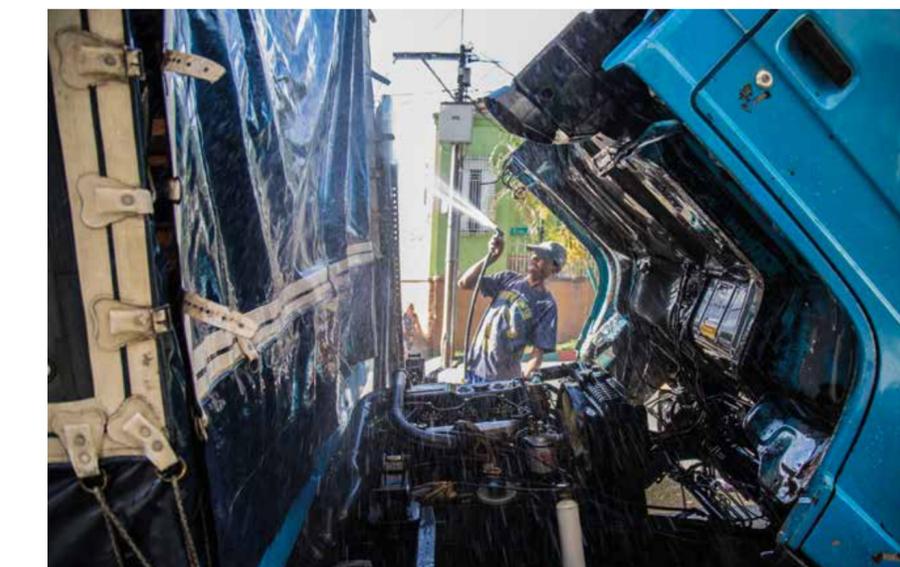
ella, minutos después, sin que nadie se diera cuenta, quien me puso en la mano un billete enrollado de cinco mil pesos.

—Le pagó la universidad en España a un muchacho del que se enamoró —me cuenta mi abuela, pero no sabe qué pasó con ella. La última vez que la vio, habitaba una casa enfrente de Policlínica. Vivía de arrendar habitaciones a inquilinos que le robaban cosas de su cuarto.

Esta vez recorremos Lovaina y las calles aledañas en el carro de mi tío Diego. Hoy, el sector está repleto de talleres de carros, y las calles son una sola mancha de aceite. En medio de una calle, veo a dos jóvenes de no más de dieciséis años. Uno está sentado en una silla Rimax y el otro está apoyado en una pared, con la camiseta subida por encima de su gran panza. En un parpadeo de ojos, veo cómo se estira hasta un

contador de luz, saca un paquete, se acerca a un carro, entrega algo, vuelve a la pared y cuenta el dinero. A principios de 2014, los combos se disputaban siete plazas de vicio en el sector. El 22 de agosto, la policía incautó cincuenta mil dosis de marihuana, veinte mil de base cocaína y más de 29 millones de pesos en efectivo.

Pasamos por Revienta, una callejuela angosta que está tres calles al norte de Lovaina. Mi abuela ha vivido en más de cincuenta casas en toda su vida, y una de ellas fue allí. Nos detenemos en la casa, que tiene una fachada amarilla. En ella, mi mamá vivió cuando tenía seis años. Entre las tapias —las paredes todavía son de bahareque— mi mamá atrapaba alacranes, o escorpiones, no sabe muy bien, y con mi tío William los ponían en el centro de una hoja de papel periódico, que quemaban por todos los bordes. Cuando las



por PULPOMÁN DE LOS CORALES

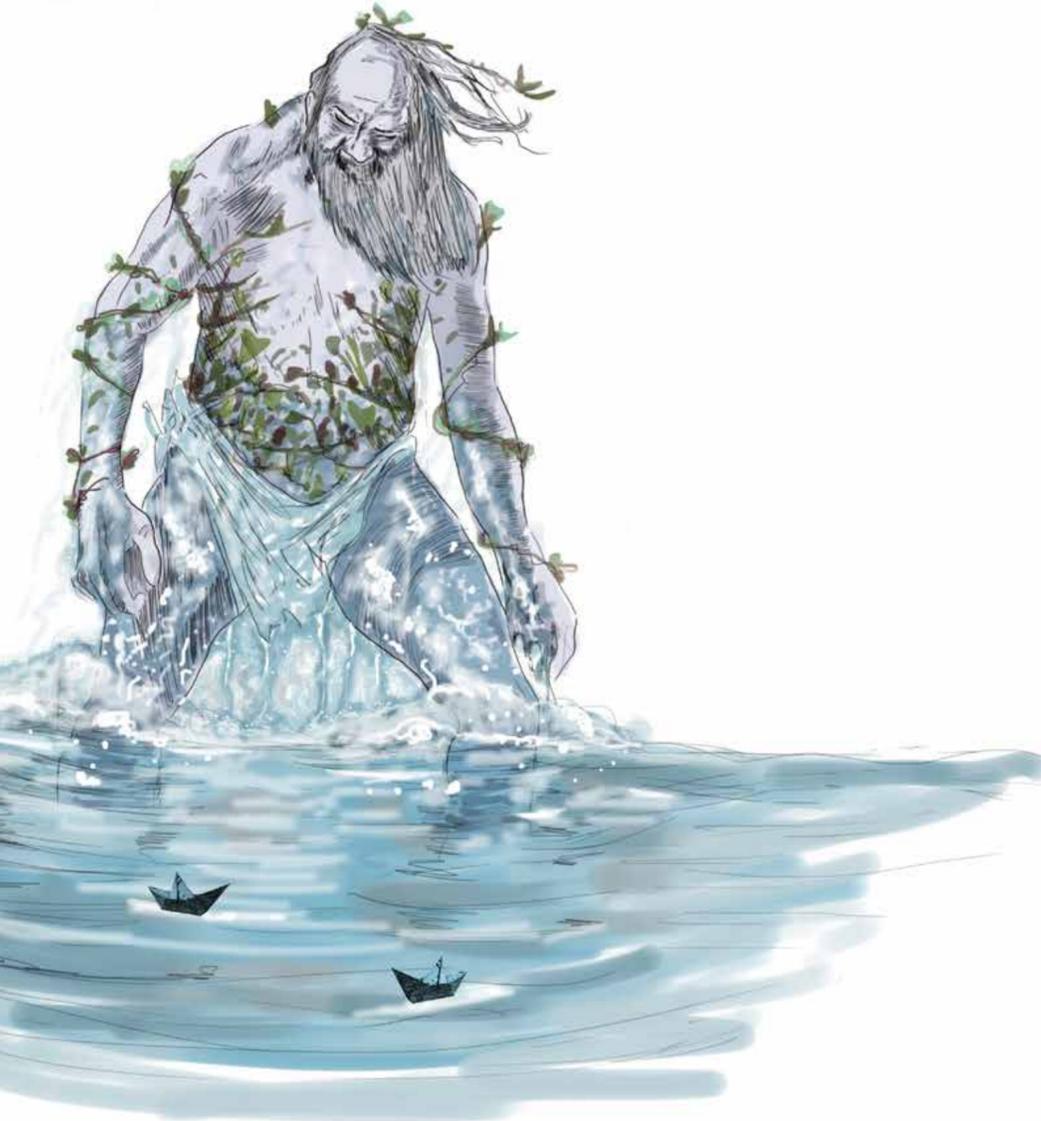
Ilustración: Mónica Betancourt

Todo empezó una noche en la que se fue al traste la vida que había forjado, y algo más importante comenzó. Fue en un bar, en el Pacífico. Me senté junto a la barra. Había un busto de algún militar olvidado sobre el que las moscas dejaban sus secreciones. Alguien le había puesto un gorro de Navidad, aunque estábamos a mediados de septiembre. En el bar de 'Tarro' ya me conocían y me habían endosado el apodo de 'El mugrete desangarillado'. No me malquerían, me daban ron, me hacían cantar y me daban pésimos consejos sobre mujeres. Yo no lo sabía, las prostitutas del lugar me convencieron de que eran pésimos. Cuatro o cinco mesas mal puestas, una barra pequeña y más gente de la que en verdad cabía era todo lo que el bar de Tarro tenía. En las pausas en que los marineros dejaban de tocar para atragantarse de ron, llegaba desde algún lugar de la noche el ruido del choque de los barcos en el atracadero. Adentro vivíamos envueltos en murmullos, en el tintineo de las copas, en el siseo de los zapatos arrastrando arena en una baldosa siempre mugrienta y en los escupitajos de los cantantes antes de reanudar la música.

Resulta que hacía varias noches, una de aquellas mujeres, harta de recibir besos de bocas desdentadas y eyaculaciones apresuradas de cuerpos sucios, me miraba con interés y me hacía preguntas sobre mi extraño peinado: para disimular mis tentáculos, me los agarraba con una banda atrás y me ponía un enorme gorro con los colores de Jamaica. En un rincón, un viejo, el viejo Wolfgang, colosal y del color de la noche, callaba y bebía con la sonrisa maliciosa del que sabe más y dice menos. Todos lo respetaban y no había pieza que tocaran sin su aprobación. Por lo demás, él no tomaba muy en serio esas zalamerías,

solo les seguía la corriente, pues tratar de mostrarse modesto habría sido quizá una exhibición de soberbia. Esa noche, aquella mujer, que se sabía todas las canciones de los marineros en todos los idiomas, se había sentado a mi lado y estaba ya inclinándose demasiado hacia mí. Sus manos, en las que brillaban unas pulseras baratas, empezaron a acariciar mis muslos. Yo temblaba. Estaba excitado, claro, pero demasiado asustado. Si yo fuera un sujeto normal creo que no me habría preocupado. Pero eso que tengo entre las piernas empezó a serpentear, desesperado, y justo cuando ella posó su mano sobre mi pantalón, mi hectocótilo trató de enroscarse en su muñeca. Ella dio un alarido, horrorizada, y saltó hacia atrás, derribando una mesa completa y mostrando unos calzones rojos en la caída.

Sobra decir que correr no es mi fuerte: soy cojo de nacimiento. Sin embargo, en medio de la confusión y la algarabía, y mientras la mujer trataba de explicar a los gritos lo que había pasado, logré escurrirme pegado a la pared y alcancé a salir al frío de la noche. Empecé a caminar rápido pero sin correr, con la intención de alcanzar el muelle. Estaba lloviendo y mis pies y el bastón se hundían en el lodo de las calles sin pavimento. Al frente venían unos pescadores



cantando a gritos, sin tocar la guitarra que uno de ellos llevaba en la mano. No tenía de qué preocuparme, pues ellos no sabían nada, pero a mi espalda, en la puerta del bar, se agolpó una muchedumbre que gritaba para que no me dejaran escapar. Entonces los que venían cambiaron su actitud de fiesta y sacaron sus cuchillos. Tenía cerrado el paso hacia el muelle. Empecé a correr hacia la izquierda por un callejón, perseguido por gritos, luces de linternas y fierros de destazar tiburones. Aproveché los recovecos de las calles, pero por desgracia el muelle no es infinito, o no de la forma que yo necesitaba, y a medida que avanzaban los minutos la turba empezaba a sacudirse el estupor y a planear con claridad una estrategia. Escondido bajo unas escalas, los oí confabular: hicieron varios grupos y los distribuyeron por todos los flancos posibles. Me tenían acorralado. Entonces oí un "pss, pss" y adiviné en la oscuridad una puerta abierta. Decidí que era preferible esa opción a la de los marineros furiosos. Entré a un lugar caliente y oscuro. Solo oí un "shhh", y me quedé muy quieto. Luego, un susurro me indicó que lo siguiera en las tinieblas. No supe que era Wolfgang porque nunca lo había oído hablar. Pero sí: era él.

No lo descubrieron y desde luego nadie sospechó de él cuando salió del callejón, se paró frente a la turba y levantó un brazo para señalar el norte. Una vez todos se habían ido, salí del escondite y salté al mar. Antes de sumergirme, me quité la ropa para que no me estorbara. Desde entonces, varias veces a la semana nos encontrábamos el viejo y yo en el muelle húmedo y oscuro, en las noches sin luna, para intercambiar historias: él, sobre su mundo

de altamar, y yo, sobre las maravillas del fondo del océano. Él se sentaba en el borde del muelle y dejaba colgar las piernas mientras le sacaba lamentos a un acordeón, y a duras penas lograba ver mi cabeza flotando en un mar negro. Al principio yo no salía y me quedaba flotando y mirándolo desde el mar, pero de pronto, sin saber cuándo, me vi pidiéndole ropa para poder sentarme a su lado y poder beber las músicas y las historias que según él mismo eran las que lo habían hecho viejo mientras lo arrugaban los años. Wolfgang jamás se quitaba su pipa de la boca como no fuera para echarle una nueva picadura. Estaba encorvado como un gancho, con unos copos de nieve crespas en su cabeza, y cantaba cada canción con una voz distinta pero suya, como si una multitud habitara en su garganta. Sin embargo, no tocaba muy bien, porque tocar bien no es cuestión de talento, sino de mera aplicación, y eso era algo que a su edad lo tenía sin cuidado. Hasta entonces, mis gratos ejercicios musicales se habían reducido a cantar borracho para un grupo de borrachos. Pero el viejo Wolfgang, con su andar cansado, me mostró de qué estaban hechas las canciones con las que las prostitutas condescendían al llanto, o qué truco había en las tonadas que se adherían a la mente hasta lo empalagoso, o el poder fuerte y sencillo de hilar dos acordes en una melodía sabia. De él aprendí que un acordeón es un instrumento que tiene caprichos de amante histérica.

El viejo Wolfgang era un hombre solitario. Yo era su único amigo, y una viuda con la que a veces ejercía una galantería desenfadada. La visitaba y le llevaba la pesca del día, y la mujer se encargaba de prepararla y de venderla en un restaurante sobrevolado por las moscas. Gracias a eso ella podía sobrevivir. Se llamaba Osiris, como la deidad egipcia, y su cuerpo ya un poco abultado

era como una ciudad imponente en ruinas: uno podía percibir cuán bella había sido. Osiris se contoneaba, casi siempre cantando algo alegre, y el viejo la miraba desde unos ojos remotos y agradecidos. Ella era el día y él la noche. Nunca hablaba de ella: era como un tesoro que no quería manchar de palabras. Tampoco se fueron a vivir juntos, "para saborear mejor el pecado", decía él.

El día que ella murió, Wolfgang fue al funeral vestido de blanco. Luego asistió a su cita conmigo puntualmente. Al final del encuentro, cantó *Summertime*. Solo entonces lloró. Lo hizo sin pudores y sin orgullo. No recuerdo haber oído un canto más bello que el suyo aquella noche. Después tocamos un aire francés en el acordeón. Fumé de su pipa. Ese día le dije a Wolfgang mi verdadero nombre. Pocos lo saben y, por supuesto, no es Pulpomán.

Una noche llegué al muelle nadando entre sargazos, abriéndome paso en la oscuridad de la vegetación marina, y entonces, justo antes de asomar mi cabeza a la superficie, escuché el ruido de un chapuzón y vi un bulto que se hundía lento y silencioso, dejando una estela de burbujas diminutas que salían del aire de la ropa. La luna iluminaba las burbujas, era muy bello. A pesar de la luna llena, tuve que acercarme por completo para saber que era una persona. Cuando le di la vuelta encontré la cara de Wolfgang. En sus ojos abiertos no había miedo, sino una tristeza insondable. Yo hubiera querido saber qué estaba pensando, o qué recuerdos habían acudido a su partida de este mundo. En ese momento vi también la estela de sangre que le manaba del vientre y se confundía con la corriente. Era como la tinta que soltamos los pulpos en el agua, oscureciéndolo todo. No tardarían los tiburones, pero no podía salir con él cerca de ahí. Quizá sus asesinos se

guían merodeando, de modo que me lo llevé un poco más lejos... En mis entrañas sentía un nudo de víboras.

De haber sido una muerte clásica, aburrida, en un lecho sin gracia, lo habría dejado ir. Pero la muerte infame que le quisieron dar, y que él habría considerado gloriosa, no me dejaba alternativa: lo llevé al golfo donde habitaba una tribu de renegados de otras tribus canibales. Sabían cosas. Salí del mar con Wolfgang en brazos. Sus ojos ya no estaban abiertos, chorreaba aguasangre y el peso de la muerte dificultaba aún más mi renquera. Había una fogata cerca de la playa. Allí estaban los miembros de la tribu reunidos entre tambores, saltos y plumajes. Tan pronto como lograron definir mi figura en la oscuridad, se prosternaron ante mí (después supe que para su cultura, el pulpo es un animal sagrado... durante un tiempo me tuvieron por un dios, pero esa es otra historia). Dejé a Wolfgang en el suelo, junto al fuego, y ellos entendieron. El chamán, fondeo y tuerto, tomó unas semillas y las puso en las heridas del vientre. Su cara pintada parecía la de un pez globo por los reflejos del fuego. Cubrió el cuerpo con una ligera capa de tierra mientras murmuraba oraciones en su lengua. Finalmente lo acostaron en una balsa con cuatro antorchas y lo soltaron a la deriva en el mar. Se fue metiendo mar adentro, noche adentro, hasta perderse muy lejos.

No mucho tiempo después, empezaron a oírse cuentos de marineros sobre una isla que tenía la forma de un hombre. Las semillas del chamán germinaron hacia el cielo en una vegetación frondosa y hacia el mar en unos juncos que llegaban hasta el suelo. Que está viva esa isla, dicen, y que viaja por los cinco continentes. Alguna vez di con ella, pero en otra ocasión les cuento. ☪

Conozca las canciones de esta historia cantadas por el mismísimo hombre-pulpo el 3 y el 4 de julio en el teatro Tecoc (Cra. 53A # 49-09, Bello) y el 31 de julio en el Teatro Oficina Central de los Sueños, (Cr.43 N° 52 - 50 Diagonal al Parque del Periodista)



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 · 3° piso · 301
Tél. 2.66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Confesión de un lector infame

por JUAN CARLOS ORREGO

No es absurdo tener un amigo que, a su vez, sea amigo de Nairo Quintana, o que sea primo de Carlos Vives, de la misma manera que es muy posible tener un amigo que sea subsecretario de cualquier despacho público o editor de un periódico cultural: a fin de cuentas, hay que vérselas con tanta gente a lo largo de la vida que no todos los que estrechan nuestra mano pueden ser monigotes anónimos. Lo que sí parece imposible es tener un amigo que se gane el Premio Rómulo Gallegos, el mismo que antes fue a parar a las manos de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes. A mí, sin embargo, me pasó.

Al mediodía del jueves 4 de junio, un amigo —el que es editor de un periódico cultural— me llamó para hacerme una pregunta que, en principio, me pareció alarmante: “Güevón, ¿supiste lo de Pablo Montoya?”. Pensé, lo juro, que ese amigo escritor, profesor colega en la Universidad de Antioquia, había muerto en algún desastre automovilístico o aéreo, esto último por la frecuencia con que su agenda docente lo obliga a visitar los aeropuertos, y lo primero porque no hace mucho sacó su licencia de conducir y —me temo— su frenética actividad literaria no le deja tiempo

para practicar como se debe. Sin embargo, lo que le había pasado a Pablo no era que hubiera expirado sino algo del todo impensable: se acababa de conocer el fallo que le entregaba el Premio Rómulo Gallegos 2015 por su última novela, *Tríptico de la infamia*, publicada hace diez meses.

La mezquina vanidad que caracteriza a nuestra especie siempre hace que, cuando algún conocido se encumbra —y con más razón un amigo—, no solo alardeemos de la cercanía con que hayamos venido gravitando en torno suyo, sino que lamentemos no haberla intensificado hasta tocar su biósfera. Apenas colgué el teléfono recordé que me había cruzado con Pablo dos semanas atrás, en la plazoleta central de la universidad, y que le había hecho una broma sobre su dedicación de cartujo a una edición crítica de los cuentos de Pedro Gómez Valderrama, y que —por mi imperdonable descuido y para mi mala suerte— lo había dejado escapar con otro amigo suyo que a la sazón lo acompañaba, y con el que sin duda había compartido no solo algún café vespertino sino las conversaciones más personales. Intenté exorcizar mi mala conciencia con una antología de recuerdos e indicios que probaran la realidad de mi firme amistad con el nuevo

Rómulo Gallegos. A mi cabeza llegaron imágenes de viejos almuerzos de lunes en los que hablamos, a rajatabla, de los vociferantes lugares comunes de Fernando Vallejo; retazos de confidencias sobre las enfermedades propias de la cuarentena; la colorida estampa de mi esposa y yo hablando a media lengua con Eloisa, la hija más pequeña de Pablo; una silueta imantada de muñeca rusa para pegar en la nevera, que el escritor me había traído de Moscú. Aunque todo parecía en orden, al hacer balance de este inventario me pareció que, al menos, pude haber mimado a la niña durante cinco minutos más.

Lo cierto es que yo no tenía por qué fatigarme en la búsqueda de unas pruebas que nadie me estaba pidiendo y que, aún en ese caso, yo no tenía por qué esgrimir. Porque, de haberseme llevado al tribunal de los merecimientos de la amistad, podía ofrecer el argumento más contundente en esos momentos de eferescencia y calor del fallo literario. Y era que por la generosidad y sencillez de mi amigo, yo había conocido el manuscrito que había devenido en la versión final de *Tríptico de la infamia*, y que semejante comunión me había puesto en situación de sugerirle, al menos, dónde podía acomodar un par de comas, llamar la atención

sobre alguna letra traviesa que había saltado de lugar o precisar un dato histórico en algún tema en el que, por casualidad, estuviera mejor informado. Alguna vez, Jorge Luis Borges se refirió a esa tarea correctiva como una “polición de las pequeñas distracciones”, del todo insustancial. Sobre decir que no se equivocaba el Homero argentino en esa consideración, y mucho menos cuando el corregido es un escritor que, como mi amigo, es curtido en el oficio y conoce, mejor que yo, los misterios y vericuetos de la lengua literaria. Pero también sobra decir que si a uno le corresponde en suerte practicar esa revisión banal sobre una novela que habrá de ser laureada, la anécdota puede convertirse, legítimamente, en un opúsculo de prensa. Cualquier cosa, menos quietos.

Tríptico de la infamia entrelaza las historias de tres pintores protestantes del siglo XVI que, cada uno por su cuenta, se interesaron en dibujar escenas en que el hombre es lobo del hombre. En la primera parte, una voz omnisciente cuenta la historia de Jacques Le Moyne, un dibujante de Dieppe que hizo parte de la avanzada francesa que tocó la costa oriental de Norteamérica y que, en consecuencia, fue testigo privilegiado de los estragos causados por las tropelías entre españoles y franceses en



Tríptico de la infamia
Pablo Montoya
Literatura Random House
2014

Premio de literatura
Rómulo Gallegos, 2015

tierras de los indios timucua. François Dubois, pintor de Amiens, toma la voz en la segunda parte y cuenta su propia historia, trágicamente marcada por la matanza que los católicos parisinos perpetraron contra sus conciudadanos hugonotes, el 24 de agosto de 1572, día de San Bartolomé; una masacre que retrató el propio Dubois, acaso influido por las reminiscencias americanas de Le Moyne, a quien conoció en vida y a quien, incluso, reemplazó como amante de una mujer, Ysabeau, figura central en la memoria de la jornada sangrienta. Finalmente, el mismo Pablo Montoya se apodera de la narración y, con el auxilio parcial de cierta magia de ventrilocuo, refiere los hechos de la vida de Theodor de Bry, el grabador de Lieja que ilustró —entre otros clásicos de su siglo— la *Brevísima destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, tarea en la cual expresó el interés por lo americano que le dejó el conocimiento de las pinturas de Le Moyne, así como la brutalidad asesina que lo impactó en el cuadro de Dubois sobre los hechos parisinos de 1572.

Fue muy poco lo que, amén de las minucias declaradas más arriba, pude hacer para mejorar la escritura de una historia que, como la de *Tríptico de la infamia*, había nacido adulta, cautivante y erudita. De hecho, no recuerdo haber hecho ningún aporte visible —ya que no importante— a la primera parte, y muy pronto me conformé con saber que una frase que el narrador pone en boca de un capitán francés —“¡Oh, viajes!, sois la desgracia arrojada al rostro de la humanidad!”— había sido arrancada por Pablo de los párrafos de *Tristes trópicos* de Claude Lévi-Strauss, obra que leyó materializada en mi viejo ejemplar de la editorial Eudeba (casi me pareció ver una marca de lápiz sobre el respectivo margen). La cosecha de la segunda parte fue igualmente entrañable y consistió en que, habiendo estado sumido mi amigo en la lectura de fuentes francesas, transcribió el apellido del protagonista de una famosa pintura de Jan van Eyck como “Le Finn”, tratándose realmente de un comerciante italiano de apellido “Arnolfini”. Como yo había estado obsesionado con esa pintura desde los ocho o nueve años —cuando hojeaba enciclopedias como un poseso—, pude sugerirle al novelista tomar cartas en el asunto, lo cual hizo, según consta —para mi felicidad— en la página 136 de la edición definitiva de *Tríptico de la infamia*, bendecida por el signo de Random House. En la última parte, más allá del par de comas, me puse un tanto pesado y, me parece, le señalé al escritor la “densidad” de algunos pasajes que describían los grabados de los indios martirizados en el Caribe. Lo cierto fue que, cuando pude mirar el libro impreso, no estuve seguro de si algo había sido cambiado o no; sospecho, sin embargo, que mi amigo —con toda razón— mandó mis sugerencias al mismo infierno en que los conquistadores españoles quemaron a los nativos del reino de Jaragua.

Mi necesidad hizo —lo confieso con el ánimo de expurgarla— que asistiera al acto de lanzamiento de la novela con la esperanza de que el novelista mencionara mi nombre en calidad de lector del manuscrito, de la misma manera que García Márquez le dio crédito a Fidel Castro por haber revisado las pruebas de *Crónica de una muerte anunciada* y detectar la inclusión anacrónica de una pistola. Por fortuna, Pablo habló sobre su obra con profundidad y altura —soy consciente de la paradoja—, de modo tal que al menos dos lecciones me quedaron muy claras. La primera es que cuando un escritor auténtico deja que otras personas lean su obra en ciernes no es con la idea de que le corrijan la plana, sino con el deseo de que haya testigos de un alumbramiento que él cree trascendental. La segunda lección —aplicable concretamente a *Tríptico de la infamia*— es que, si a alguien se debe la novela, es sobre todo a una comunidad universal que nace con los indios timucua, recoge las iluminaciones de tres pintores tan geniales como angustiados por la intolerancia religiosa y desemboca en un novelista intérprete que pone su pluma al servicio de todas las voces, y que si en ese concierto histórico a mí me ha correspondido acomodar dos comas, ello es más que suficiente para darme por bien servido.

Al otro día de que se conociera el fallo recibí un correo electrónico de Pablo. Una de sus frases, tan graciosa como lapidaria, puso en evidencia su sensatez al mismo tiempo que lo mucho que yo me había excedido con mis infames y patéticos pavoneos de consejero literario: “Está loca toda esta gente. Tanta bulla por una novela”. ☞



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ROMANZA DE AMOR

Vi la final de la Liga Águila con ojo imparcial y paz en el alma. El que nada debe nada teme, y yo soy del Nacional.

Pero lo que más me gustó fueron las cortinas musicales de cada equipo: Alfredo Gutiérrez para el Dim y *Pachito Eché* para el Cali. Ambas músicas convocan, pero me arrulla desde la infancia la segunda, convertida muy pronto en la canción-himno del cuadro caleño, compuesta, cosa que muchos ignoran, por el gran músico bogotano Alex Tovar. La compuso (letra y melodía, primero bambuco, luego y para siempre porro) en homenaje a Francisco Echeverri Duque, empresario paisa, quien regentaba en ese tiempo el Hotel Granada, de Bogotá, cuya orquesta dirigía el autor. Tovar la grabó con esa orquesta y su vocalista, Jorge Noriega; y es esa la versión que le da triunfos al Cali, no obstante la existencia de otras muchas grabaciones, entre ellas la de Dámaso Pérez Prado, con la voz de Benny Moré, que le dio al porro un espaldarazo internacional.

Pero los hinchas del equipo valluno se quedaron con la primera versión (a pesar de Moré, a pesar de su amado Grupo Niche), sin importarles que la letra no hablara de fútbol, sino de un prohombre antioqueño. Hace de esto más de sesenta años, y ese canto les ha regalado ya nueve estrellas. Lo demás es loma.

Confesión: siempre quise bailar, aunque soy inepto de necesidad. Pero hubiera querido lucirme con los viejos sonos cubanos, que se bailaban en tres baldosas, y con *Pachito Eché*. Dios no me concedió ese don, pero me vengo de él en mi imaginación, donde bailo como un rey.

P.D. El título de esta croniquita es el nombre de un pasillo de Alex Tovar, una de las más bellas canciones del repertorio colombiano, que cantó como nadie Carlos Julio Ramírez. Casi nadie la recuerda, por obvias razones. Y casi nadie recuerda a Tovar: estudió música en Bonn, fue violinista en orquestas alemanas y en la Sinfónica de Colombia. Intérprete de muchos instrumentos. Políglota.

CODA

Entre poetas. En su poema *La felicidad*, Fernando Linero (Santa Marta, 1957) cita a Hegel, quien luce aquí como un Borges *avant la lettre*: “Hegel afirmó que la Historia no es el lugar de la felicidad: ‘los tiempos felices son en ella páginas vacías’”. Lo que sigue no es muy bueno, pero Linero se reivindica dos poemas más adelante: “Reconozco que en el fondo de lo que soy —un montón de cosas que el olvido habrá de depurar—, va quedando una mansedumbre de casa abandonada”. ☞



La masacre de San Bartolomé. François Dubois, 1572.

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Sagas nórdicas

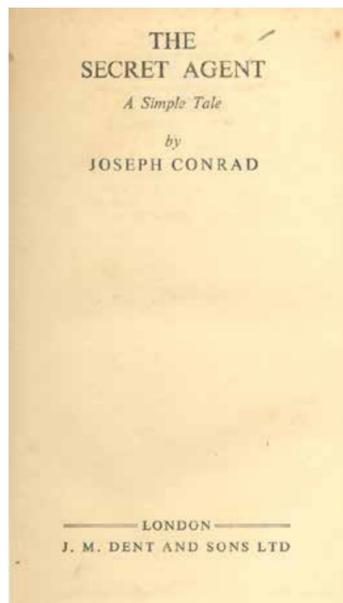
por ALEJANDRO GAVIRIA

Muchos años después, ante la inminencia de la muerte, Jorge Luis Borges habría de recordar la hondura de una tarde ya remota, “las verjas de un jardín junto al ocaso”. Los recuerdos son revelados en *Haydée Lange*, un poema con nombre de mujer, uno de los cuarenta y tantos que conforman *Los Conjurados*, su último libro, publicado en 1985 en Ginebra, Suiza, una de sus varias patrias. “Tus ojos que miraban otras cosas, / el marco de una imagen que no veo, / las verjas de un jardín junto al ocaso, /.../ los viernes compartidos. Esas cosas, / sin nombrarte te nombran”, evocaba Borges con nostalgia de nostalgias.

Sesenta años atrás, en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, Borges ya había mencionado a Haydée Lange, la misma mujer de sus nostalgias ginebrinas. Le dedicó allí un poema corto y enigmático, *Llaneza*, que comienza con la misma verja y el mismo jardín: “Se abre la verja del jardín / con la docilidad de la página / que con frecuente devoción interroga / y adentro las miradas / no precisan fijarse en los objetos / que ya están cabalmente en la memoria”.

Google el memorioso nos brinda más detalles sobre Haydée Lange, la mujer que aparece en el primero y el último libro del poeta de muchas patrias. Haydée vivía junto con su hermana Norah “en una casa situada en el borde de la ciudad, desde donde, a la hora del crepúsculo, se podía ver cómo el sol se ponía limpiamente en el horizonte”. Ambas eran altas, de ascendencia noruega y de refinados gustos literarios. Borges las visitaba todos los viernes al final de la tarde. Norah escribió un corto libro de poemas adolescentes que Borges prologó con emoción, sin ironías. En el prólogo, el primero de los 250 que escribiría durante su larga vida de promotor literario, aparece nuevamente la casa de la verja, del jardín y del ocaso: “una quinta que no demarcaré con mentirosa precisión topográfica y de la que me basta señalar que está en la hondura de la tarde”.

Google también nos entrega una fotografía en blanco y negro en la que aparecen dos figuras sonrientes, un hombre de baja estatura, con saco cruzado y una barba tupida, y una mujer más alta, vestida de blanco y con un sombrero ladeado. En la parte inferior de la foto hay una inscripción en caligrafía legible, precisa: “Haydée Lange y Georgie de barba”, dice. La foto es de finales de los años treinta, más de una década después de la publicación de los poemas



Jorge Luis Borges, 1948, Adrogué.

adolescentes de Norah y juveniles de Borges. Por aquella época Borges iba a esperar a Haydée Lange a la salida de su trabajo en un banco, le hacía a la distancia señas con las manos, invitándola a casarse con él, y ella le devolvía la seña con el dedo, diciéndole que no repetidamente.

El libro

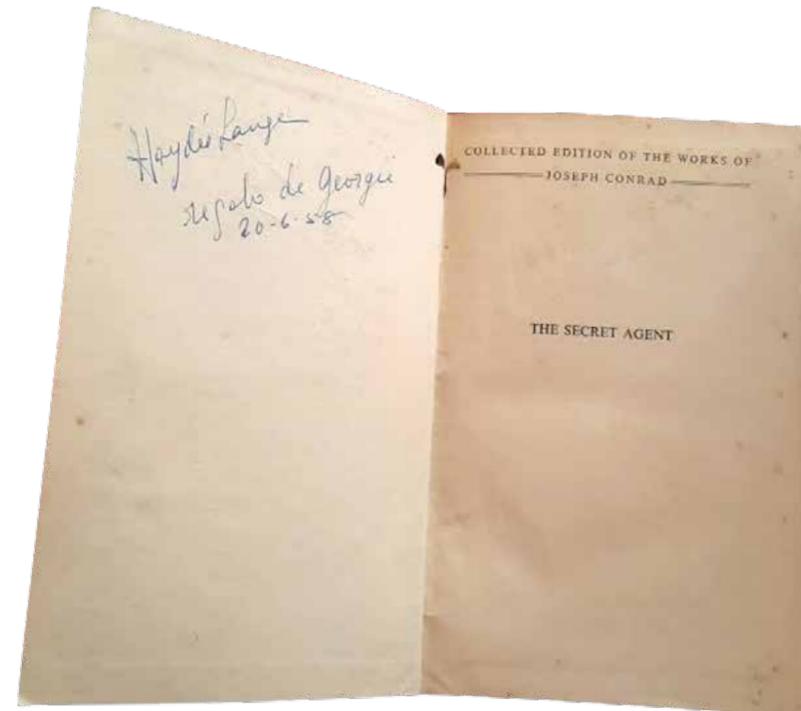
Hace algunas semanas, en medio del desvelo de una noche de sábado y saltando de un lado a otro en internet, llegué a la página de una tienda de antigüedades en Buenos Aires, Argentina. Allí encontré una vieja edición, maltrecha y apollada, de la célebre novela *El agente secreto* de Joseph Conrad. El dueño de la tienda llamaba la atención sobre un hecho peculiar, una curiosidad con valor comercial: el libro en cuestión había sido parte de la biblioteca personal de Jorge Luis Borges. Decidí comprarlo. No costaba mucho más que un libro nuevo y su deterioro no parecía del todo inexorable. Las cosas mueren mucho más lentamente que los hombres.

Dos semanas después llegó el recado argentino, envuelto en papel burbujita, sin notas ni explicaciones. En la última página, en una caligrafía diminuta, casi invisible, está la marca de su antiguo dueño. Aparece la T al revés que distinguí por mucho tiempo la rúbrica de Borges. Hay también

una referencia de tiempo y lugar: Adrogué, 1948. Sobre Adrogué, escribió alguna vez el poeta: “Era muy lindo, un pueblo laberíntico. A veces, algunas noches de verano, salíamos mi padre, mi madre y yo a perdernos. Al principio nos costaba un poco de trabajo, pero luego nos perfeccionamos tanto que nos perdíamos enseguida”.

Borges había leído *El agente secreto* al menos diez años antes. En 1937 publicó una reseña de la película *Sabotaje* de Alfred Hitchcock que contiene una mención explícita a la novela de Conrad. *Sabotaje*, según Borges, es una mala adaptación de la novela conradiana. Borges cita un largo pasaje de la novela con el fin de contrastar la profundidad de Conrad con la torpeza de Hitchcock y denunciar al mismo tiempo la conversión de un drama psicológico en una fábula sentimentalista y en últimas, insípida.

Conrad, como Borges, era un conservador que creía que había poco que conservar. *El agente secreto* es una novela pesimista, casi una protesta contra el ser humano: el único personaje moralmente respetable, un muchacho retardado que no podía soportar el dolor de sus semejantes ni el maltrato a los animales, termina despedazado accidentalmente en un intento fallido por dinamitar el observatorio astronómico de Greenwich. “La historia la hacen los hombres, pero no con sus cabezas”, escribe el narrador en tono irónico al final de la novela.



El regalo

Borges marcó su copia de *El agente secreto* en 1948. El libro no tiene señales particulares de lectura: ni dobles ni subrayados ni comentarios al margen. No parece haber sido manipulado en exceso. Por diez años, unos meses más, unos meses menos, hizo parte de la biblioteca del poeta, después cambió de manos, fue a parar a otra biblioteca de la misma ciudad de Buenos Aires, la biblioteca de Haydée Lange, la mujer que rechazaba las propuestas de matrimonio con el dedo.

Al principio no lo noté, me pareció un asunto irrelevante, pero varios días después el hecho que conecta las dos historias ya referidas se hizo evidente. El libro está marcado en la primera página con unas letras grandes, conspicuas, que contrastan con la marca diminuta, tímida del poeta. En la segunda página, se repiten las letras decididas, pero aparece un detalle adicional, una información sobre el origen del libro. “Haydée Lange, regalo de Georgie, 20-6-58”, dice la inscripción. La caligrafía es la misma, exactamente la misma, que aparece debajo de la foto de la mujer de blanco y el hombre con barba.

A comienzos de los años veinte le dedicó un poema, a finales de los años treinta le propuso matrimonio, a finales de los cincuenta le regaló un libro que se resiste a desaparecer, en los años ochenta, ante la inminencia de la muerte, le compuso un poema. Siempre, todos esos años, recordó la puesta del sol en su casa de juventud en Buenos Aires.

Al final de su vida, en 1984, Borges narra un sueño, una conversación con Haydée Lange en un restaurante del centro: “De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo. Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y quizá descortés revelar que era un fantasma, un hermoso fantasma”.

Ambos son fantasmas ahora, de los que quedan apenas las letras, sus letras en medio de un librito que ha resistido el paso del tiempo. Letras, firmas y fechas para mirar con lupa en medio de la historia de Mr. Verloc, espía y vendedor de tintas. UC

Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —
Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

Cheesecake

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355
Panadería natural, cafés de origen



Los bancos ingleses llegaron a la Nueva Granada luego de las primeras guerras de independencia. Muy pronto sus intereses apuntaron a las minas y a mediados del siglo XIX ya eran dueños de la *Frontino and Bolivia Company*. Los campamentos se confundían con los pueblos y la empresa terminó donando parte de la tierra para la fundación del municipio de Segovia. Cuando el cura le dio la bendición al pueblo y un decreto le entregó su sello oficial en 1885 celebraron sus cerca de 3000 habitantes. Entre ellos estaban algunos Blair, White, Cock, Gartner y Hill. Algo menos de 500 extranjeros vivían en Antioquia en la primera década del siglo XX.

En una de esas primeras camadas inglesas nació Michael Hill Davey, en el campamento de la mina Marmajito. Fue geógrafo y naturalista, cazador de orquídeas y de historias en las trochas de Zaragoza y de Guacharacas. Hill Davey fue amigo y guía de innumerables expedicionarios, curiosos y naturalistas incluido Richard Evans Schultes, autor de *El Río* y hombre conocido en las frondas del Jardín Botánico de Medellín.

Michael Hill Davey habló siempre un español tortuoso, digno de campamento minero, pero aprendió a contar con la gracia de los arrieros con media de guaro encima. *La muchacha del circo* hace parte de su libro *Oro y Selva*.

LA MUCHACHA DEL CIRCO

por MICHAEL HILL DAVEY

Ilustraciones: Elizabeth Builes

La primera guerra mundial había terminado dejando un mundo cansado y con grandes problemas económicos. En algún momento de esta vacilante época de la posguerra en los años veinte, en Hamburgo, Alemania, nació una niña a quien le pusieron el nombre de Erika, hija de la familia Heckner que era una familia típica de la clase media de la Alemania de aquella época.

La niña recibió una excelente educación en un colegio privado de Hamburgo pero como vivía en las afueras de la ciudad, cerca de un club ecuestre, desde muy niña se apasionó por los caballos. Todo lo que tenía que ver con caballos la embelesaba y al poco tiempo estaba montando ponis en el club. Con el correr de los años se convirtió en una excelente jinete y ganaba premios en las ferias que se organizaban.

En un viaje a Inglaterra con sus padres fue a una presentación del famoso circo Olimpia de Londres y allí vio la actuación de magníficos caballos especialmente entrenados y la forma tan armónica y graciosa en la cual los jinetes hacían piruetas y toda clase de difíciles pruebas sobre ellos.

Le llamó especialmente la atención el repertorio de una niña no mucho mayor que ella, vestida con un bello traje de lentejuelas, que hacía malabarismos y saltaba a través de arcos sobre un magnífico corcel. Quedó fascinada y con una profunda impresión que marcó toda su vida. Decidió que ella también iba a ser jinete del circo y cosecharía los más grandes y estruendosos aplausos del público.

En 1935, ya como niña prodigio de la disciplina ecuestre en un prestigioso circo alemán de Berlín, tuvo que ingresar

en el movimiento juvenil nazi que era obligatorio para todo joven alemán de aquella época. Allí la adoctrinaron en la política nazi enseñándole la superioridad de su raza, el periodo del Tercer Reich y la inferioridad de las minorías étnicas. Se le enseñó que Alemania iba a conquistar y ser dueña del mundo durante mil años.

Después de algún tiempo, Erika, quien cambió su nombre a 'Kira' con fines profesionales para sus presentaciones ecuestres en los circos, empezó a actuar en otros países europeos con el fin de hacer sus números, los cuales eran fantásticos y recibían los más grandes aplausos de la multitud que asistía a estos eventos. En ocasiones, cuando viajaba a países como Inglaterra, Francia, Austria, Checoslovaquia, Polonia y Rusia, el gobierno de Hitler le encomendaba hacer algunas averiguaciones sobre asuntos en los que estaba interesado. Ella, muy discretamente, hacía las averiguaciones y luego presentaba informe a sus superiores en el movimiento juvenil.

Para sus presentaciones Kira utilizaba un ceñido traje blanco con lentejuelas nacaradas. Este traje terminaba en una cortísima y ancha falda con pliegues. Fijaba su largo pelo rubio con una diadema blanca que tenía relucientes piedras, sus zapatos también eran blancos del tipo que utilizan las bailarinas de ballet, en sus manos cargaba largos fueuetes también blancos. Siempre montaba finísimos corceles blancos de pura sangre. La muchacha del circo era apuesta, impecable en la actuación. El público se enloquecía cuando montaba sobre su bello corcel, hacía traquear los largos y brillantes fueuetes, como para

amenazar y domar el brioso caballo sobre el cual cabalgaba.

En poco tiempo Kira se volvió una de las más apreciadas y famosas actrices de circo, mundialmente renombrada y buscada por todos los circos del mundo. En 1939, al empezar la segunda guerra mundial, Kira se encontraba actuando en el famoso circo Taire en un país centroamericano. Debido a su fama y al hecho de que los países centroamericanos y suramericanos no estaban en guerra contra Alemania, Kira no tuvo ningún problema y siguió viajando con el circo. Con el tiempo el circo Taire, muy conocido en Colombia y admirado por todos los colombianos, extendió sus presentaciones para que no solo incluyera las ciudades sino también los pueblos.

Recuerdo que cuando era niño en Segovia los hombres hablaban en voz muy baja y muy cerca a los oídos de las dotes y las maravillas de Kira, 'La Muchacha del Circo', de su cortísima falda de pliegues, de sus hermosas piernas esbeltas y largas, de su insuperable belleza y su agilidad de amazona montada sobre un brioso corcel. Entre todos los hombres del pueblo se creaba tremenda lujuria con todas estas fantasías.

Llegó el día, en algún momento entre 1939 y 1942, cuando el circo Taire anunció su visita para hacer varias presentaciones en Segovia. Recuerdo que se anunció con un afiche a todo color de Kira con sus atrayentes y comentadas extrínsecas plantadas sobre un ejemplar equino de color palomo. Un afiche similar a los que se utilizaban para anunciar las corridas de toros de la época.

Resulta que en aquellas púdicas épocas cuando las faldas no mostraban más que los tobillos so pena de

causar un escándalo en todo el pueblo, el párroco de Segovia era el padre Yepes, conocido por sus feligreses como el 'Padre Ratón' por su pequeña estatura, delgada contextura física y rapidez de mente y movimiento. Era producto del Seminario de Yarumal, oriundo de Santa Rosa o de Donmatías y había sido ordenado por nadie menos que por monseñor Miguel Ángel Builes quien en esos años se respetaba casi como si fuera un santo en vida.

Al padre Yepes le disgustó muchísimo la idea de que el circo Taire fuera a presentarse en su pueblo y la perspectiva de Kira montada en su caballo blanco como la paloma del espíritu santo, debió haberle causado desvelo y náuseas.

Todos los días arremetía desde el púlpito y por el altoparlante de la iglesia parroquial contra el circo y su pecaminosa estrella, atribuyéndole cualidades que le hubieran traído famas y atribuciones en una de las cantinas de bombillito rojo en el barrio La Montañita de la población, donde con el reparto de sus atributos podría haberse enriquecido con el oro de los feligreses.

Este párroco bien indignado consignaba el circo al eterno candelero del infierno, tildando a su mujer estrella de ramera experta en la profesión y de conocido reparto a nivel mundial. Declaraba que las presentaciones serían impúdicas, pecaminosas, y que echarían a perder las buenas y respetuosas costumbres del pueblo. Mandó a Kira al infierno a abrasar al complaciente diablo y proclamó que los parroquianos que llegaran a asistir a semejantes canales serían excomulgados en forma fulminante. Estos arrebatos, claro está, estaban respaldados por las ancianas,



beatas y solteronas del pueblo, quienes en Segovia, por alguna extraña razón, siempre han sido más bien pocas.

Tanta fue la inquietud y el afán del bien intencionado padre que reunió al alcalde y a todo el concejo municipal en la iglesia, donde expuso sus ideas y renegó contra el circo anunciando una gran maldición, cosa que no le pareció rara a los habitantes de Segovia acostumbrados durante largo tiempo a peores brujerías. Terminó la reunión con una amonestación para el alcalde y los concejales, y una exhortación a que no permitieran las infernales presentaciones del circo Taire.

El alcalde y los concejales se fueron muy disgustados para un caramanchel de cantina de mala muerte que existía en la Calle Real, y después de reunir mesas esmaltadas y taburetes féreos pidiendo botellas de guaro, se pusieron a discutir los acontecimientos de la iglesia en medio de comentarios comparativos en los cuales salieron bien librados los roedores de las alcantarillas del pueblo.

Entre más discutían más se acaloraba la sesión y más vociferantes se volvían las exposiciones de cada participante, llegando hasta el punto de que para mayor claridad varios vaciaban

verbalmente su alta sabiduría a un mismo tiempo, todos expresaban que estaban inconformes con las tesis expuestas por el párroco aguafiestas. Ni por el diablo iban a echar a perder la exhibición de Kira y su elenco: se expondrían al desprecio de los machos del pueblo y se echaría por "fa" su reelección en los próximos comicios.

Todos los varones del pueblo estaban a la expectativa de la presentación de Kira y no se podían defraudar sus anhelos de observar las cualidades carnosas de La Muchacha del Circo. Ya una multitud del pueblo se aglomeraba en las puertas de la cantina, comentando, riendo y aplaudiendo las sabias decisiones de sus líderes. Finalmente llegaron las doce de la noche y se fueron juntos, con todo el mundo, a palpar y saborear los misterios y deleites de la peligrosa y concurrida vida nocturna de La Montañita.

Al siguiente día la administración proclamó que el pueblo no podía seguir en el atraso material que tenía frente al resto del mundo, por consiguiente se tenía que actualizar y modernizar en el

campo de las artes culturales. Se empezaría este trascendental progreso con la presentación definitiva del famoso circo Taire en el Teatro Municipal de Segovia, escenas que tendrían lugar a las nueve de la noche y que serían sana diversión para el pueblo.

El párroco se enfureció con esta decisión, la cual, se dio cuenta, era irrevocable. Redobló sus esfuerzos desde el púlpito y por el altoparlante de la iglesia condenó al alcalde y a los concejales, proclamó que prohibía la asistencia de menores de dieciocho y damas de bien. Finalmente le echó una enorme maldición al pueblo asegurando que no tenía redención y que definitivamente tendría una condena atroz dirigida personalmente por el diablo.

No sé cómo el circo Taire logró traer sus actores, equipo, caballos y tres o cuatro feroces leones por la Trocha de Guacharacas a Segovia, pues aun no existía la carretera a Medellín ni el ferrocarril a la estación de Sofía, tampoco existía el aeropuerto regional de Otú. Seguramente el circo también hizo presentaciones en

el camino en Barbosa, Cisneros, Yolombó, Yalí y Remedios.

Todo el elenco se debe haber venido a mula a través del monte, por los barriales y los canalones hondos y angostos que era la Trocha de Guacharacas en aquella época. Seguramente a los bravos y altivos leones los transportaron en jaulas en forma de turega sobre dos o cuatro mulas. Se habla de llevar leña para el monte, pues así debió haber sido la cargada de los leones a través de las selvas del nordeste antioqueño. Nos imaginamos el terror y desconcierto de las mulas al olfatear el hedor de su temerosa carga y oír sus espantosos rugidos. Además ¿cuál sería la reacción y los pensamientos de los arrieros a quienes les tocó guiar esa extraña recua a través de los montes, y cuál habrá sido la actitud de los animales nativos al contemplar la temerosa simetría de estos extraños y majestuosos animales salvajes a través de los barrotes de sus miserables jaulas?

Ya cerca a Segovia el circo paró para hacer varias presentaciones en Remedios, donde fueron muy bien recibidas por los hombres de aquella población y muy repudiadas por su furioso párroco. Finalmente la cabalgata y su recua, todos sucios, empolvados, enlodados,

sudorosos y cansados, hicieron su entrada triunfal a Segovia, cruzando las vegas del Guanáná, cruzando en forma muy irreverente frente al monumento a la Virgen y subiendo al pueblo por la calle de La Banca. Al lado de la vía se hicieron los curiosos, niños, jóvenes, hombres, mujeres y ancianos, para ver pasar tan singular y vulgar espectáculo, para luego disfrutar de comentarios y relatos durante el resto de la tarde y hasta altas horas de la noche. Cansados mineros aun descamisados, con atuendo de parumas de cuero, botas de caucho embarradas, cascos aún con sus lamparitas de carburo apagadas, llegaban a sus casas en Guanáná, La Banca y el pueblo para bañarse y gozar con los nuevos chismes que saltaban de boca en boca: leones, corceles blancos como la nieve, fornidos jóvenes rubios, misteriosos aparatos y personajes con caras alegres y bocas chistosas y muchas cosas más eran los dichos comentarios que recorrían las calles y las casas del pueblo. “¡Llegó el circo!”, “¡Llegó el vulgar y pecaminoso circo Taire!”, “¡Llegaron los peones con los leones!”, “¡Llegó, sobre todo, llegó la soñada y sublime hermosa Kira con cinco de sus fuertes, altivos y hermosos caballos blancos capaces de poner en ridículo el famoso padrón de Mr. Simpson, jefe de vigilancia de la compañía. Anticipaban con dicha los hombres los exquisitos deleites visuales que sabían ofrecía el circo y que con la derrota del cura estaban seguros de disfrutar.

Llegaron los cansados viajeros a las modestas comodidades que ofrecía el Hotel Segovia de Heriberto Sereno, quien pulcro y tranquilo atendía todas sus necesidades y caprichos. Baño, descanso y comida eran las necesidades inmediatas. Los equipos los descargaron en el salón del llamado Teatro Municipal y fueron encomendados a un vigilante. A los leones en sus jaulas se los llevaron de vuelta a Guanáná y fueron puestos al lado del matadero donde el olor a carne y sangre los mantuvo rugiendo toda la noche causando un aterrador desvelo a todo el infortunado vecindario que conocía los caprichos de estos animales en las películas de Tarzán que se presentaban en el teatro. Los hombres del pueblo se desvelaban más bien pensando en las sensuales piernas de la bella Kira.

El Teatro Municipal de Segovia, en aquella época, quedaba en el interior de la alcaldía, sobre el costado norte de la plaza principal. Estaba hecho en bahareque y era de dos pisos. Debí haber sido en otra época una enorme casona con un gran patio empedrado en su interior, donde se resguardaban, cargaban y descargaban las enormes recuas de mulas que llegaban al pueblo. El patio era rodeado por un gran balcón de madera que sobresalía en el segundo piso, tipo de construcción bastante común en el nordeste antioqueño. Este patio, más tarde, había sido cubierto con una gran estructura de madera que soportaba un techo hecho con hojas de zinc. Esto creó un enorme salón que servía de día como recinto para las sesiones del concejo municipal y de noche como teatro. La alcaldía y la cárcel funcionaban en los cuartos que rodeaban el patio en ambos pisos. Los presos ansiaban las presentaciones del circo tanto como los hombres del pueblo, ya que las rejas les permitían una visión al interior del teatro.

Al siguiente día llegó el elenco del circo al teatro a armar sus aparatos. Hubo mucha trepada a los balcones para armar cuerdas y alambre, se pusieron potentes reflectores y se tendió una maraña de cables eléctricos. Hubo armadura de rejas para jaulas y tendida de telones, hubo ensamblada de una pista redonda en el suelo y la cubierta de éste con aserrín. Finalmente se tendieron cortinas para for-

mar camerinos y se cuadraron todo tipo de bancas y asientos alrededor de la pista, luego se le hizo el debido aseo al piso y todo quedó listo para la noche del debut en Segovia del famoso circo Taire.

Las boletas para la presentación se habían agotado desde la noche anterior, acaparadas por los muy machos del pueblo y hubo reventa con poca oferta y mucha demanda.

A las seis de la tarde hubo desfile de matronas y niñas desde la iglesia dirigido por un furioso cura, quien entonaba el rosario y escuchaba el murmullo de respuestas mientras piadosos dedos recorrían los bien gastados rosarios. Entre responso y responso el buen padre maldecía el circo Taire, a sus leones y a Kira sobre todo, a quien tildaba de prostituta extranjera y a los hombres del pueblo por dejarse llevar de la lujuria. Volvió a maldecir todo el pueblo: alcaldía, alcalde y concejales y al fin se internó en la iglesia con su tropel de feligreses.

“¡Que viva el circo!”, “¡que viva Kira!”, “¡que vivan los leones!”. Llegaron los mineros en ambiente festivo, cada cual con sus botellas de aguardiente terciadas y tomando a pico de botella, listos para el gran espectáculo a pierna pelada.

Pocos años antes había visto la presentación completa del circo Taire en Medellín, con su gran carpa de cuatro mástiles y tres pistas, su magnífica orquesta uniformada que tocaba marchas patrióticas de aquella época de guerra; conocí su multitud de animales, leones, tigres, cebras, elefantes, jirafas, chimpancés, perros amaestrados; sus actores, los trapecistas, los malabaristas, los payasos, los domadores y por supuesto a la bella Kira y sus magníficos caballos. También había visto el famoso circo Olímpia en Londres y años después iba

a ver el más famoso de todos, una presentación de *Wringling Brothers* y *Barnum and Baily* en Nueva York. En realidad lo que había llegado a Segovia no era ni sombra del circo Taire, sino un grupo de sus actores y animales.

El estreno del circo en Segovia no me tocó pero me imagino que debió ser tremendo espectáculo para un pueblo de ese tamaño, tanto en la pista como entre la borrachera y la lujuria del público asistente, y en el parque frente a la alcaldía donde se reunió el párroco con lo que quedaba de sus protestas. Los comentarios del día siguiente fueron favorables, llenos de grandes elogios para Kira y sus maravillosas piernas, su pequeña falda brillante y sus relucientes calzones blancos que apenas se podían ver momentáneamente durante piruetas sobre los caballos.

Pocas noches después fuimos los niños a la presentación del circo, al fin y al cabo éramos los hijos de los demonios ingleses, ateos a quienes no cobijaban las maldiciones del cura. Nosotros ni siquiera nos dimos cuenta del problema habiendo visto circo en otras partes.

Aunque era niño, recuerdo bien el interior del Teatro Municipal en aquella noche: primero la tanteada para sillas o bancas en la semi oscuridad, luego la prendida y el baile de los rayos de los reflectores sobre los balcones, la pista reluciente y las trompetadas de la Banda Municipal que amenizaba la velada. Los payasos en la pista haciendo sus chistes y dándose sus sorprendivos golpes para hacer reír a un público alegre. Los acróbatas que en lo alto, casi al nivel de los balcones, se columpiaban temerariamente por los aires, y los aplausos de la bancada de chiquillos. Los malabaristas con sus extrañas botellas de palo en el aire que nunca dejaban caer, el redoblar de los tambores en los momentos críticos cuando todo el mundo contenía el aliento, la armada de la jaula de leones sobre el piso de aserrín y el guapo y sudoroso domador que los hacía saltar con su y látigo de un puesto a otro, brincar de un lado a otro y sobre todo abrir la boca, mostrar los temibles colmillos y rugir. Aplausos y más aplausos, silbidos y gritos de la borracha bancada.

Finalmente después de más payasos y risas, con estampida de pies, silbatos, aplauso y gritos de aprobación, la diamantina Kira con sus albinos y perfectos caballos. La pequeña hada alemana de esbeltas piernas manejaba sus largos látigos a la perfección, haciendo correr sus cinco caballos alrededor de la pista. Chasqueando el látigo les indicaba la orden para parar, reversar su briosa carrera o arrodillarse. Todos estos movimientos al son de los trompetazos de la Banda Municipal.

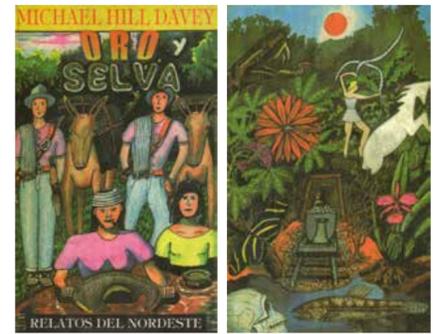
Llegó el momento culminante y hubo nuevos aplausos, gritos, silbidos y estampilladas de pies en la gran barra de borrachos jubilosos. Kira, ágilmente, saltó al lomo de un corcel en movimiento parándose en él mientras los demás caballos seguían su carrera alrededor de la pista. Sobre las ancas de la bestia hacía chasquear sus largos látigos mientras

guardaba el equilibrio con la gracia de una bailarina de ballet con bata corta y cucos al público. Hubo gran manifestación de aprobación y entusiasmo de la bancada de los borrachos. Luego Kira empezó a hacer saltos mortales sobre el lomo del caballo en movimiento lo cual causó locura entre la bancada de borrachos admiradores. Como punto culminante Kira hizo saltos mortales de una bestia a otra hasta completar los cinco del ruedo. Esto causó absoluto delirio y mucha empuñada de codos y botellas de aguardiente entre los románticos e ilusionados de la barra. Kira mandó guardar sus caballos e hizo múltiples venias de agradecimiento al público que enloquecido hacía retumbar el teatro a gritos y aplausos de entusiasmo: “¡Otra!”, “¡otra!”, “¡otra!”, repetían y repetían, y Kira los complació con muchas otras esa noche. Finalmente el persistente cura y sus beatas desocuparon la plaza, los niños se fueron para el campamento de la empresa, Kira y su elenco bien custodiado se fueron para su hotel, la banda que ya estaba borracha y los felices borrachitos se fueron a armar bacanal en el barrio La Montañita. Al fin reinó la paz y la tranquilidad en la plaza principal del pueblo quedando como único ruido en el silencio el zumbido de los grillos.

Muchas veces he reflexionado sobre la pequeña alemana. Me pregunto cómo se sentiría actuando en un pequeño pueblo metido en la selva colombiana después de haber actuado ante emperadores, reyes, zares y toda la nobleza europea, además de presidentes y dignatarios de los países de América. ¿Estarían sus pensamientos en su niñez de Hamburgo? ¿En sus padres? ¿En los tremendos bombardeos y deprivaciones que sufría la Europa de entonces? ¿Se sentía desterrada por no poder volver a Europa en medio de una guerra? Me preguntaba si sabía cuál era su popularidad en los pequeños teatros de los pueblos, la atracción que ejercía en sus admiradores delirantes. Y fundamentalmente, ¿cuál era su razón de hacer largos, duros y hasta peligrosos viajes a estos pequeños y, en el contexto mundial, casi desconocidos pueblos de Suramérica? Más adelante sabría la respuesta a esta última pregunta.

De Segovia el elenco siguió por la trocha de Zaragoza donde una noche se les escapó uno de los leones. Debe haberle ido muy mal en el monte pues se encontró con un par de sorprendidos jaguares que nunca habían visto o soñado a semejante bestia. Entre los dos le dieron una enorme paliza escuchada por el aterrorizado elenco. Ya al siguiente día el león muy maltratado y mordido amaneció en su jaula abierta, arrependido de su corta escapada.

Presentaciones en Zaragoza, San Marcos, Mompox, El Banco y Mangué fueron repeticiones de los escenarios presentados en Segovia. Finalmente en Barranquilla se unieron con el resto del circo Taire y viajaron para República Dominicana. Posteriormente hicieron un tour en Venezuela siguiendo a Willemstad en Curazao. Allí embarcaron otra vez para Colombia y navegando hacia Santa Marta, el buque fue



Oro y selva

Relatos del nordeste
Michael Hill Davey
Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto
1998

torpedeado frente a la costa de La Guajira por un submarino alemán y hundido, perdiéndose el gran circo Taire y parte de su elenco. Kira sobrevivió y después de llegar a Barranquilla desapareció de la escena por algún tiempo.

Más tarde apareció en primera página de la prensa colombiana el titular: “Espía alemana muerta en la Ciudad de Panamá”. Y procedía a informar que el FBI había matado a Kira, en su cuarto, en un prestigioso hotel de Ciudad de Panamá, que se trataba de la famosa domadora de caballos que había viajado por toda Latinoamérica. Informó además que era quinta columnista del partido nazi quien, disimulada como actriz de circo, había mostrado siempre gran interés en bases militares y aéreas, buques navales y movimientos de buques comerciales, planos de aeropuertos, ferrocarriles y carreteras. Finalmente siempre buscaba la amistad de los políticos importantes y los altos mandos militares de los países que visitaba. La información la mandaba en clave a Berlín a través de radiotransmisores que tenían otros quinta columnistas en Latinoamérica.

La habían seguido cuando estaba espionando las esclusas de Miraflores del canal de Panamá y la base aérea de Allbrook del comando sur norteamericano de la zona del canal. Así terminó la vida de una pequeña alemana rubia, lejos de su nativa Hamburgo y su hogar. Otra víctima de doctrinas fanáticas y estúpidas, producto del medio ambiente que le asignó el destino en su niñez. Los viejos verdes de los pueblos y algunos de nuestras ciudades todavía sollozan y se llenan de anhelos cuando recuerdan a Kira, La Muchacha del Circo.

Pocos años después en el barrio Aranjuez, en Medellín, hubo un antioqueño muy pero muy varado, mejor dicho, en la olla, así como nos ha tocado a todos los antioqueños en un momento u otro. Este antioqueño hambriento y deshilachado se pasaba días y noches enteras echando cabeza sobre cómo volverse millonario, así como la pasamos haciendo todos nosotros. Finalmente después de reventar cabeza se le prendió el bombillo y se puso las pilas. Primero compró un pedazo de linóleo flexible, confeccionó un rodillo especial con un viejo rodillo de panadería, luego encontró una horqueta vieja de bicicleta y la amplió de tal manera que le cupo el rodillo. Sobre la lámina de linóleo del mismo ancho del rodillo cortó y dejó en alto relieve la figura de Kira, La Muchacha del Circo a quien había vis-

to actuar una noche en Marinilla, su pueblo natal. La recortó mostrándola sobre su brioso corcel con falda muy cortica y piernas muy lindas. Está parada sobre las ancas del caballo saltón y en sus manos tiene los látigos largos que está haciendo chasquear. Terminada la obra de arte, envolvió y pegó la lámina de linóleo alrededor del rodillo, de tal manera que cuando se metía el rodillo en un charol de pintura para luego aplicarla en un papel, empujándola hacia adelante, dejaba repetidas y bellas imágenes de la esbelta Kira en el circo.

En aquella época de guerra la pintura era escasa y aún no se había inventado el vinilo. Los antioqueños todavía acostumbraban empapelar las paredes interiores de sus casas pues consideraban los diseños elegantes. Muy bien para los ricos que compraban fino papel con bellas estampas traído de Estados Unidos o Europa. Pero a la gente humilde también le gustaba estar de moda y anhelaba paredes estampadas con figuras. Pues nuestro genio antioqueño viajó por todo el departamento y tal vez a otras partes del país decorando con la estampa de Kira miles de paredes y hasta cielo rasos, dejando huellas más perdurables que la vida para esta brillante alemana.

Me he encontrado con Kira, La Muchacha del Circo, en infinidad de casas y hoteles de pueblos antioqueños, gracias a este ingenioso que debió haberse vuelto rico con su rodillo.

Muchas veces cuando me recuento en algún humilde cuartico de hotel de pueblo y miro alrededor, resalta la alegre figura de Kira quien cabalga airoso alrededor de las paredes y hasta en el cielo raso en una eterna repetición de figuras. Inmediatamente mis pensamientos regresan a la presentación de la mujer en el Teatro Municipal de Segovia, luego apago la luz y en mis sueños veo otra vez la magnífica figura cabalgada de Kira.

Había en el hotel Unica Intercontinental cinco cucarachas de Bolombolo y Kira bailando en su caballo palomino alrededor de las paredes. Pero pintaron los muros y ahora Kira cabalga bajo vinilo blanco. Años después, otro antioqueño fracasado, con ganas de plata, aprendió a pintar palmeras, todas exactamente iguales. Contratada la pintada de una de sus grandes palmeras sobre cada una de las paredes de los cuartos, en este caso encontramos a Kira, La Muchacha del Circo, repetidas veces, cabalgando detrás de las palmeras del pintor. ☺



TRES GALLINAS PARA EL ALMUERZO

por KATHERINE RÍOS

Fotografías: Verónica Velásquez

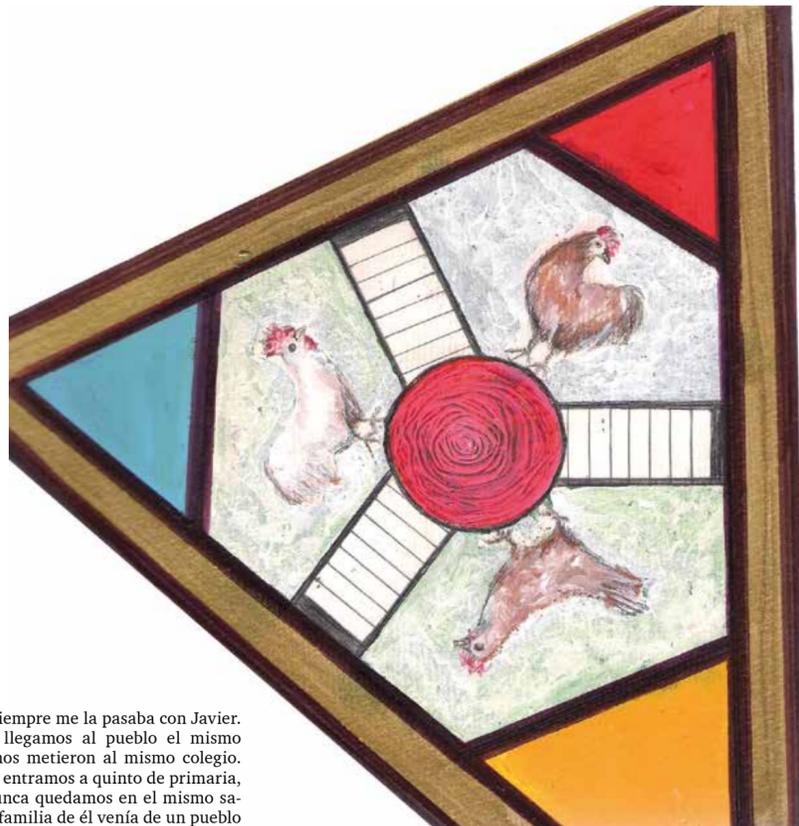
Miguel fue el que nos convenció de robarnos las gallinas. A ese potrero íbamos a fumar de vez en cuando y las gallinas siempre estaban por ahí pagando. Nos dijo que eso era fácil, que el viejo ya no oía y ni cuenta se iba a dar. Cada uno cogía una gallina. Javier le llevaba la de él a la mamá, vendíamos una y con la otra nos hacíamos un sancocho el Sábado Santo.

Como unos pendejos le seguimos el juego. El miércoles por la noche Miguel y yo nos volamos por el patio y salimos por la casa desocupada que hay en la cuadra. Nos encontramos con Javier en la tienda de doña Elvira. Nos fiaron tres Leonas puras y tres liberales.

De los tres, Javier era el único que bajaba. Desde que al papá lo mató una buseta, le tocó mantener a la mamá y a las dos hermanas. Primero cargó bultos en la plaza y después un tío le ayudó a entrar de todero en las oficinas de la mina.

Javier llegó a la cuadra primero que nosotros. Él estudiaba en Los Libertadores y las hermanas en La Presentación. Ana y Luz tenían cara de solteronas desde niñas. Nunca saludaban y andaban juntas de arriba para abajo. Cuando la mamá hacía galletas de maíz nos llenaba un tarro de los de Noel y nos lo mandaba con Javier. Doña Nelly siempre estaba de buen genio y nunca le cascó a Javier. Ella tenía el gesto tranquilo. Incluso en el entierro de don Pedro mantuvo la calma y calmada siguió cuando el Seguro Social no le reconoció la pensión dizque porque don Pedro no había cotizado las semanas necesarias. Ahí fue que a Javier le tocó empezar a responder por la familia. Doña Nelly hacía costuras, pero la gente del barrio era muy tacaña y lo que le quedaba eran puras chichiguas. Entonces con calma le tocó aceptar que Javier no llegara del colegio a estudiar sino que se tomara una sopa y saliera a trabajar.

Miguel era un vago, pero un vago tramador. Engatusaba a todo el mundo, a unos para sacarles tareas, a otros para sacarles plata y a casi todos para que le hicieran favores. Se metía a cuanto comité y obra social organizaban en el colegio y siempre terminaba robándose algo. A las hermanas las tenía de melegas y a los hermanos de lleva y trae. Doña Helena, la mamá, siempre se creyó de mejor familia y miraba a los vecinos por encima del hombro. Ellos llegaron al pueblo por la misma razón de casi todos en el barrio: señores que consiguen trabajo en la mina y llegan con sus familias a vivir en esta urbanización de casas igualitas porque la mina les ayuda con el crédito de vivienda. Cuando llegaron ya venían con tres hijos, entre ellos Miguel. Cada vez que podía, doña Helena les recordaba a los vecinos que ella era de la capital y que este pueblo no le gustaba. El pobre marido nunca abría la boca pero se notaba que pasaba vergüenzas cuando doña Helena comenzaba a hablar de Bogotá como si fuera París. Desde que don Roberto consiguió trabajo en el pueblo ella comenzó a quejarse, y quejándose estuvo hasta que se devolvieron a Bogotá veinte años después.



Yo siempre me la pasaba con Javier. Ambos llegamos al pueblo el mismo año y nos metieron al mismo colegio. Los dos entramos a quinto de primaria, pero nunca quedamos en el mismo salón. La familia de él venía de un pueblo de Cundinamarca y la mía de Tunja. Yo era el único de la cuadra que no tenía hermanas y como las hermanas de Javier nunca jugaban a nada, nos las pasábamos juntos todo el día. Me gustaba jugar parkes con él y los domingos subíamos trotando a una loma. Lo bueno es que él era más bien callado y a mí no es que me guste mucho hablar. Además, doña Nelly le dejaba entrar los amigos a la casa y siempre me ofrecía algo, aunque fuera un jugo.

Cuando estábamos en cuarto de bachillerato organizamos un torneo de micro y fue ahí que conocimos a Miguel. Solo lo habíamos tratado de saludo porque estaba un curso por encima de nosotros. Llegó el día que estábamos haciendo las listas de los equipos y dijo que él no jugaba, pero que nos ayudaba. Nos consiguió el patrocinio de Pollos El Gigante, nos entregó las camisetas y después nos enteramos de que los de la pollería también habían dado plata para las gaseosas, pero esa plata sí se la embolsilló. Miguel era bueno para hablar y nosotros éramos tan callados que nos parecía entretenido. Era como andar con un radio prendido a toda hora.

Bueno, el hecho es que después de ese torneo terminamos de compinches con Miguel y dos años después estábamos sentados donde doña Elvira organizándonos para ir a robarnos tres gallinas. Más que planes, en la tienda estuvimos quemando tiempo hasta que nos echaron a las nueve. Como quien va para la cárcel, comenzamos a caminar para salir del pueblo por la iglesia nueva. Yo iba muy asustado y no entendía bien por qué le estábamos siguiendo la cuerda a Miguel. Solo pensaba que si nos cogía la policía mi papá me mataba y muerto y todo me metía al internado. Javier iba callado y creo que estaba asustado, pero creo también que poca carne se veía en su casa y le entusiasma la idea de llegar con una gallina a la mamá y las hermanas. En cambio

Miguel iba seguro y sin miedo, hablaba duro mientras nosotros no éramos capaces ni de soltar un sí o un no.

Como a la media hora llegamos al potrero. La casa del dueño estaba apagada y eso nos dio tranquilidad, o más bien, se la dio a Miguel que pasó la cerca muerto de risa preguntando dónde estaría el sancocho. Lo que no calculamos es que las gallinas no iban a estar sueltas donde siempre las veíamos. Empezamos a buscar a tientas y nada.

—Mejor vámonos —dijo aliviado Javier. Miguel hizo como el que no oye y yo no dije nada. Comenzamos a subir hacia la casa. Pasamos por un cultivo pequeño, yo creo que era de alverja porque tenía palos y cuerdas amarradas. Entre la casa y el cultivo encontramos el corral, al lado del lavadero. Tenía el techo de material y el resto estaba hecho de palos y malla de alambre. Miguel me mandó a devolverme hasta la cerca y a tenerla lista para poder salir rápido. Javier dijo que no, que una cosa era robarse las gallinas de un potrero y otra ir a sacarlas del corral.

—Tan güevón —dijo Miguel, y entonces lo mandó a él a hacer lo de la cerca y me hizo señas de que me quedara ahí con él.

La puerta del corral estaba ajustada por un alambre que pasaba entre dos armellas. Javier tardó algunos minutos desenredando los alambres hasta que destrabó la puerta.

—A ver, a ver ¿dónde están las más gorditas? —dijo Miguel mientras metía las manos al corral. Yo creía que cada cual iba a cargar su gallina, pero Miguel ya había pensado en eso y se sacó un costal de la cintura. Yo lo miré atónito y me respondió la mirada con un “no estamos jugando”. Cuando las estaba echando en el costal, unos perros que nunca antes habíamos visto empezaron

a ladrar. La luz de la casa se prendió y casi al mismo tiempo oí la voz del dueño gritando.

—¡Estos hijueputas a mí no me van a robar!

Miguel se echó el costal al hombro y salió a correr loma abajo sin siquiera voltear a mirar. Yo seguí detrás de él, pero cada rato volteaba a mirar al señor que a zancadas se nos estaba acercando. Cuando estábamos llegando a la cerca ya no se veía el señor. No se veía nada, pero sonó un disparo. Miguel pasó de primero entre el alambre y yo lo seguí. Cuando Javier iba a pasar se enredó y se cayó. Dos disparos más. Mientras yo ayudaba a Javier a pararse Miguel dijo:

—Par de pelotas, corran a ver, que se los van a bajar.

—Mi mamá, mi mamá —era todo lo que decía Javier.

—Ya llevo tres gallinas y no necesito más —refunfuñó Miguel mientras nos jalaba.

Avanzamos unos pasos, hasta que Javier dijo:

—Me dispararon, me dispararon.

Otro disparo. Javier quedó tirado en una zanja llena de barro. No lo pude alzar. No fui capaz de hacer nada. Miguel me agarró de la manga y me obligó a correr. Intenté devolverme y Miguel me cogió de la muñeca durísimo. Otro disparo. Seguimos corriendo.

Cuando llegamos a las primeras casas del pueblo bajamos el ritmo. El pueblo estaba solo y apagado. Miguel iba fresco, como si nada hubiera pasado.

—¿Tiene un chicle o un dulce? — me preguntó. Le dije que fuéramos al hospital o la estación de policía. O que al menos les pidiéramos ayuda a sus hermanos para ir por Javier. Miguel comenzó a hablar con esa voz lenta y mediana que usaba para tramar a la gente. Me dijo que me calmara, que

pensara bien las cosas, que si Javier estaba bien, pronto llegaría a la casa y que si estaba mal y nosotros nos íbamos a buscarlo, nos terminaban metiendo a la cárcel.

—Piense en su papá, Ricardito, piense en su papá. Además, nosotros no fuimos los que le disparamos.

Nos metimos por la casa desocupada. Miguel dejó las gallinas en el solar y cada uno saltó al patio de su casa. Entré sin hacer ruido y me metí en la cama. Traté de reparar lo que había pasado y poco a poco los pensamientos se me fueron volviendo un enjambre confuso entre la imagen de Javier tirado en la zanja y Miguel jalándome del brazo. No dormí nada.

Doña Nelly apareció después de mediodía en mi casa. Mi mamá la hizo pasar y me llamó. Contó que Javier no había amanecido en la casa y que estaba preocupada, que eso nunca había pasado. Me preguntó si yo le conocía alguna novia o si creía que tenía alguna mala amistad. No fui capaz de soltar nada.

—Ricardito, si sabe algo de Javier dígame, o dígame que vuelva, que si es por el trabajo yo me pongo a coser más para que él no tenga que trabajar.

Al rato todos en el barrio comenzaron a hablar de la desaparición de Javier. Doña Nelly fue con las hijas a cada casa de la cuadra, al hospital del pueblo, a la estación de policía, a la cárcel y a todos los bares de mala muerte de la sexta que retaron al cura abriendo el Jueves Santo. Por la noche, en la misa del lavatorio de pies, el cura habló de Javier y oró para que estuviera bien y volviera al “seno del hogar”.

El Viernes Santo me tocó salir a la procesión. Me dolía todo el cuerpo y no podía parar de pensar en Javier y en la angustia de su mamá y sus hermanas. Miguel iba con su uniforme de monaguillo ayudando a cargar a Nuestro Señor. Cuando pudo, se acercó a decirme que cuidadito abría la boca. Se despidió diciendo: “Ya le dejé cuidado y agua a las gallinas”. A mí me sudaban las manos y creo que tenía fiebre. Miguel estaba tranquilo y rozagante, se le notaba que la mamá había hecho mucha comida para esos días.

Doña Nelly no hacía más que llorar, esa pobre señora estaba desesperada. Hasta las hijas parecían seres humanos. Se la pasaban dando vueltas por todos lados preguntándole a la gente si habían visto a Javier.

Esa noche Miguel golpeó en mi casa. Yo estaba en la sala y lo vi llegar. Le abrió mi mamá y él le entregó una gallina.

—Señora Anita, le traje esta gallina que nos ganamos con Ricardo — se la dio a mi mamá sin que ella pudiera siquiera hablar—. Me invitan al sancocho.

Mi mamá cerró y me miró con cara de pregunta. Solo atiné a decirle que los curas habían rifado las gallinas que les sobraron de los festines de Semana Santa.

El sábado temprano mi mamá me dijo que matara la gallina. Ya tenía agua hirviendo para desplumarla. Mi papá siempre era el que hacía esas cosas en la casa pero preciso ese día estaba de turno en la mina. Cuando le reviré, dije que yo nunca había matado a nadie. En ese mismo momento pensé que sí, que yo había matado a Javier. Me dijo que dejara la bobada y le torciera el pescuezo rápido que no iba a quedarse toda la mañana con el fogón prendido.

Era una gallina gorda y fuerte. Apenas intenté agarrarla, empezó a revolotear por todo el patio. Se subió al lavadero, a la tabla de las matas y se enredó entre una ropa que se estaba secando. Por fin la logré agarrar. Mi mamá me miraba desde la puerta con cara de impaciencia. Yo la miraba a ella y a la gallina. La gallina comenzó a mirarme a los ojos, retándome. Empecé a sudar. La agarré del pescuezo. Las manos me temblaban. Las piernas me temblaban. Con mucha torpeza comencé a girar la cabeza. Ella seguía mirándome. Giré más y nada. El pescuezo se resistía. Debía estar sufriendo, pero no hacía nada, solo me miraba. Giré con más fuerza, esta vez con las dos manos. Enrollé y jalé como quién exprime un trapo. Un disparo. Javier en la zanja. Solté a la gallina cuando le empezó a escurrir la sangre y salí corriendo.

Resultó que mi mamá había invitado a doña Nelly con sus hijas y también a Miguel. Él repitió dos veces, elogió la sazón de mi mamá y le preguntó si tenía galletas de maíz para el postre. Estaba entusiasmado y les habló de lo feliz que me puse cuando me ganó la gallina en el colegio.

—Es que Ricardo es muy de buenas —dijo.

Doña Nelly apenas cucharió la sopa. Mi mamá y mi papá la consolaban diciéndole que Javier no demoraba en aparecer, que alguna travesura estaría haciendo. Yo miraba la sopa y veía a Javier, no la pude ni probar.

No aguanté más. Ahí, frente a todos, conté lo que había pasado. Les pedí perdón, aunque no me lo merecía. Doña Nelly se atacó a llorar. Miguel hizo cara de sorprendido y dijo que yo era un mentiroso.

—Doña Nelly, hable con mi mamá, el miércoles por la noche la estuve ayudando a coser el mantel de Nuestro Señor para la procesión.

Se fue de la casa furioso y tiró la puerta. La mamá lo secundó. Dijo que su hijo era un santo y les cerró la puerta en la cara a doña Nelly y sus hijas.

El domingo de resurrección fue el entierro. Doña Nelly no dejó que yo fuera. Dos días después, y antes de irse internado para el seminario, Miguel dejó una gallina amarrada en la puerta de la casa de Javier. ☹



#MDE15

YA CASISITO

MDE15 ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

OCTUBRE 2015 FEBRERO 2016

MUSEO D'ANTIOQUIA
-PLAZA BOTERO-

EPM 60 años innovando al servicio de la gente

- ✓ Bibliotecas con internet gratis
- ✓ Transformación social y cultural en nuestros barrios con las UVA
- ✓ Más jóvenes en las universidades con las becas que apoya EPM

Gracias a esto y al progreso de la gente, aquí nos queremos quedar.

60 años epm

OBRAS QUE TRANSFORMAN

Area
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
PURA VIDA

35
AÑOS



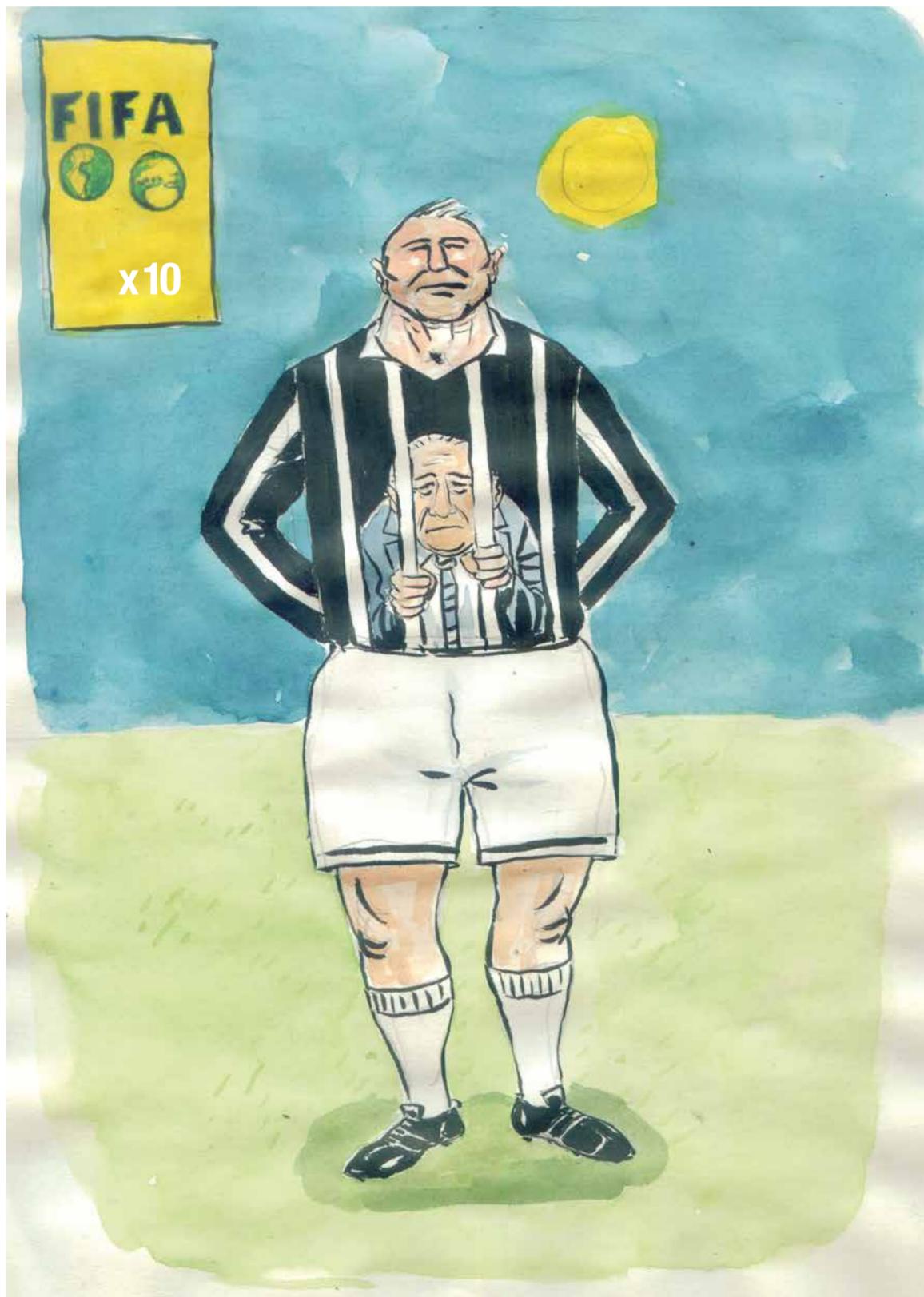
PUNK MEDALLO

Fotografías de
GERTIAN BARTELSMAN

Pata, puño, brinco, manotazo, grito, cabezazo. El pogo también es un baile, es golpear el aire, a los muros, al que caiga. Expulsar toda la rabia, el odio y el resentimiento acumulados en las calles, en la casa, en el colegio, en el puto trabajo. Es gritar donde nadie escucha. Su apogeo coincidió con las bombas, las masacres y las balaceras de los ochenta y comienzos de los noventa. Frente a la violencia armada florecía una violencia simbólica, inofensiva a ratos, una catarsis disidente que al final, con los años y los golpes, tuvo sus cortos con las vueltas más ordenadas de los pillos.

Un extranjero vino a mirar y a pogear en los años noventa. Tiraba codo, salía y tiraba película contra la montonera. El Ivo Romani, que sirvió de estudio, ensayadero y galpón para conciertos, es el escenario de estas fotos en los socavones de una época brava. Contra las cuerdas y contra las paredes. ©





www.cinefagos.net
 cine colombiano · crítica de cine
 artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

COMER

EXPOSICIÓN EN PARQUE EXPLORA

parque
explora
 MEDELLÍN

HACIA UNA HISTORIA NATURAL DE LOS BOLLOS

Conozca en la Exposición: **“COMER”** en el **Parque Explora**, los usos tradicionales de las hojas de las plantas como envoltorios de alimentos. Capachos para embalar huevos, sal, ají, chocolate, quesos, mantequilla, bocadillos, jabones... y toda la estirpe de los bollos, viandas indígenas de maíz molido, cocidas, asadas, mezcladas o solo coronadas por la gracia del terrón de sal.

*“Al mundo viniste, bollo, para aliviar mis dolores,
 y en tu substancia me ofreces muy deliciosos sabores”*
 Bernal y Rueda
 El lenguaje Gastronómico (1860)

BOLLO
 DE CORAZÓN
 DE FRÍJOL

BOLLO
 COJONGO

BOLLO
 PELONGO

BOLLO
 FURGÓN
 O JAYACO

BOLLO
 HARINADO
 DE MAÍZ ZOROCHO

BOLLO
 LIMPIO

BOLLO
 HONGO

BOLLO
 DE ANGELITO

BOLLO
 DE MAÍZ PELAO

BOLLO
 DE CHICHIGUARÉ
 O PUM-PUM



BOLLO
 NAIBOA

BOLLO
 DE MAZORCA
 O DE MAÍZ ZARAZO

BOLLO
 DE CALABAZA

BOLLO
 DE YUCA



Y sus marcas:
 CHOCOLATES JET
 GALLETAS FESTIVAL
 ZENÚ
 CHOCOLISTO

www.parqueexplora.org/comer
 #ExposiciónComer
 @ParqueExplora
[www.Facebook.com/ParqueExplora](https://www.facebook.com/ParqueExplora)



Alcaldía de Medellín

Las celebraciones se enfocan desde otros ángulos
Los recuerdos se guardan en otros cajones
Las alegrías se comparten en otros sobres

Los ingredientes esenciales siguen siendo los mismos
Y los brindis siguen sonando igual

**Aguardiente
Antioqueño**

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994